



Facultad de Filosofía y Letras
Grado en Historia

La Guerra Fría cultural: *soft power*, propaganda y diplomacia pública
en un mundo enfrentado

The cultural Cold War: *soft power*, propaganda and public diplomacy
in a confronted world

Luis Rodríguez Agudo

Directora: María Jesús González Hernández

Curso 2015 / 2016

INTRODUCCIÓN	1
1. ESTADO DE LA CUESTIÓN E HISTORIOGRAFÍA	2
1.1. PREMISAS	3
1.2. TRATAMIENTO HISTORIOGRÁFICO	5
1.2.1. La primera mitad del siglo XX	5
1.2.2. Desde 1946: los inicios de la Guerra Fría	6
1.2.3. Años 60-70: la época del llamado imperialismo cultural.....	7
1.2.4. Desde los años 90: la ideología y la cultura: parte fundamental de la diplomacia pública	8
2. GÉNESIS Y ORÍGENES	11
2.1. LOS INICIOS: LA PROPAGANDA COMUNISTA	11
2.2. DIVISIÓN DE LA IZQUIERDA: PRIMERAS CRÍTICAS	13
2.3. LA REACCIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS	14
3. ESTADOS UNIDOS Y SU CONCEPTO DE DIPLOMACIA PÚBLICA	15
4. DIFERENTES TIPOS DE ACTUACIONES EN MATERIA DE DIPLOMACIA PÚBLICA	18
4.1. INDEFINICIÓN TERMINOLÓGICA Y APARICIÓN DEL CONCEPTO	19
4.2. VICISITUDES Y AVATARES EN SU DESARROLLO	20
5. LAS PECULIARIDADES DE LA DIPLOMACIA CULTURAL NORTEAMERICANA	22
5.1. EL PAPEL DE LAS FUNDACIONES Y LAS UNIVERSIDADES	22
5.2. LAS DIFERENTES TRADICIONES CULTURALES DE EUROPA Y ESTADOS UNIDOS	25
5.3. EL INTENTO DE MEJORA DE LA IMAGEN CULTURAL NORTEAMERICANA	28
5.4. LOS PROGRAMAS GUBERNAMENTALES DE INTERCAMBIO	29
6. DIFERENTES MARCOS GEOGRÁFICOS Y DISTINTAS ESTRATEGIAS REGIONALES	30
6.1. REINO UNIDO.....	31
6.2. FRANCIA	32
6.3. ALEMANIA	33
6.4. ESPAÑA	36
6.5. AMÉRICA LATINA	37
6.6. DIFERENTES ESTRATEGIAS REGIONALES	38
7. EL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA	41
7.1. ORÍGENES Y ANTECEDENTES	42
7.2. DESARROLLO, ACTIVIDADES Y ESTRATEGIAS	44
7.3. ESCÁNDALO Y RECONVERSIÓN	48
7.4. INTERPRETACIONES Y REPERCUSIONES	50
8. RESULTADOS	54
8.1. RESULTADOS DE LOS PROGRAMAS DE INTERCAMBIO	55
8.2. RESULTADOS DE LAS ACTIVIDADES DE DIPLOMACIA PÚBLICA	56
8.3. EVALUACIÓN FINAL.....	58
9. CONCLUSIONES	59
BIBLIOGRAFÍA	60

ABSTRACT

The Cold War, as well as a diplomatic and ideological confrontation, was also extended to informational and cultural aspects. During the presidencies of Truman (1945-1953) and, especially, Eisenhower (1953-1961), cultural diffusion campaigns were launched by The United States in order to strengthen its leadership via various mechanisms: the media, the film industry, libraries, scientific publications, educational exchange programs and the financing of area studies and universities, all of them with the support of American civil organizations and foundations. In this ideological battle, intellectuals were used in order to prevent the diffusion of the rival principles, becoming, many of them, an instrument for the US secret services. In addition, innovations in the use of mass media were produced in these tasks, like the use of marketing techniques and the selection of targets based on interests. The state of the question in this matter and its historiographical treatment will be analyzed, as well as its origins. The vision of public diplomacy by the United States and the different types and peculiarities of the cultural propaganda will also be determined. An analysis of the different geographical areas in which it took place and the different strategies followed, according to the different regions, will also take place before moving to a section dedicated, due to its importance, to the Congress for Cultural Freedom. Finally, as an epilogue, the results and the conclusions in this topic will be analyzed.

Keywords: cultural Cold War, public diplomacy, Congress for Cultural Freedom, propaganda, americanization, anti-americanism, cultural relations, soft power.

Palabras clave: Guerra Fría cultural, diplomacia pública, Congreso por la Libertad de la Cultura, propaganda, americanización, antiamericanismo, relaciones culturales, *soft power*.

INTRODUCCIÓN

La Guerra Fría no fue solo un enfrentamiento diplomático, estratégico e ideológico, sino que también se extendió a los aspectos informativos y culturales en ambos bandos. Junto con programas de ayuda económica y estrategias militares, los Estados Unidos organizaron campañas de información y de difusión cultural para reforzar la unión del bloque occidental. Durante las administraciones de Truman (1945-1953) y, especialmente, de Eisenhower (1953-1961) se intentó ganar, mediante la diplomacia pública, a la población mundial. Se aprovechó el enfrentamiento ideológico en Europa y todos los procedimientos para incrementar la propaganda o la presencia ideológica fueron válidos: el uso de los medios de comunicación, el cine, las bibliotecas, la producción de diversas publicaciones, los intercambios educativos e invitaciones a líderes sociales para conocer la realidad norteamericana o la financiación de áreas de estudio o de universidades, todo ello con el apoyo fundamental de organizaciones civiles y fundaciones. El objetivo era “ganar mentes” y crear una opinión favorable al liderazgo estadounidense y la extensión del modo de vida americano.

En esta batalla ideológica se utilizó tanto a los intelectuales americanos como a los locales con el fin de ganar adeptos e impedir que la ideología rival prosperara. En la órbita soviética se esperaba que los intelectuales de origen antifascista y progresista glorificasen el comunismo. En Occidente, en cambio, se hacía alarde de la libertad de expresión como algo inherente a la democracia, aunque muchos de ellos se convirtieron, consciente o inconscientemente, en un instrumento de los servicios secretos estadounidenses.

Además, en estas tareas de propaganda y de ideologización se produjeron innovaciones en el uso de los medios de comunicación de masas y se comenzaron a utilizar técnicas de estudio de la opinión y el marketing y a seleccionar los objetivos en función de los propios intereses. La diplomacia pública norteamericana luchaba contra la ideología comunista, pero también contra las tendencias neutralistas europeas, el antiamericanismo cultural y los movimientos nacionalistas en América Latina. Todas estas campañas reforzaron el proceso de americanización de las sociedades occidentales.

En esta confrontación, universidades y fundaciones actuaron de forma dependiente o solidaria con las estrategias de seguridad e inteligencia de sus gobiernos. Los Estados Unidos financiaron numerosos organismos para contrarrestar y desacreditar el influjo del comunismo en la producción cultural. La iniciativa más ambiciosa fue la creación, en 1950, del Congreso por la Libertad de la Cultura, financiado por la CIA. Aunque la confrontación principal se desarrollaba

en Europa, la ofensiva anticomunista se extendió también a América Latina y el resto de continentes. Numerosas actividades culturales y los propios intelectuales se sometieron a sus premisas, asumiendo el compromiso, explícito o tácito, en este enfrentamiento ideológico. En este contexto, hay que incidir también en la contribución de las ciencias sociales en la legitimación de la sociedad capitalista y en la producción de un conocimiento vinculado a la expansión internacional de los Estados Unidos¹. La URSS y sus estados satélites rechazaron y desconfiaron de las ciencias sociales al considerarlas como disciplinas burguesas de carácter conservador y antisoviético. Por el contrario, en los Estados Unidos y en los países aliados, se produjo un acercamiento entre estas disciplinas y los fines anticomunistas que existían en la cultura política de la época².

En este trabajo intentaremos realizar una aproximación a muchos de estos aspectos. Comenzaremos analizando 1) el estado de la cuestión y su tratamiento historiográfico para, más adelante, abordar 2) su génesis y orígenes. Será necesario observar, en general, 3) la evolución del concepto y los aspectos de la diplomacia pública por parte de los Estados Unidos, 4) sus diferentes tipos de actuación y 5) las propias peculiaridades y formas de ejecución de la de tipo cultural. Continuaremos con un 6) estudio de los diferentes marcos geográficos en los que se llevó a cabo y las distintas estrategias seguidas según las diferentes zonas, antes de pasar 7) a un apartado dedicado en exclusiva, por su importancia, al Congreso por la Libertad de la Cultura. Finalizaremos examinando 8) los resultados y 9) las conclusiones, extraídas a modo de epílogo.

1. ESTADO DE LA CUESTIÓN E HISTORIOGRAFÍA

Además de la latente beligerancia militar, los Estados Unidos y la URSS desarrollaron durante décadas una serie de armas, digamos no convencionales, para atraer a la opinión pública mundial hacia su causa. Durante la Guerra Fría, las instituciones y la vida cultural estuvieron en el centro de la confrontación política. Aunque en otros momentos históricos anteriores la cultura no quedó al margen del enfrentamiento entre los distintos Estados³, en este periodo se intensificó el empeño de los distintos gobiernos por utilizarla con fines geopolíticos. Los dirigentes, tanto soviéticos como norteamericanos, pensaban que para conseguir adeptos para

¹ Juan Alberto BOZZA: "Ciencias sociales y Guerra Fría: del anticomunismo a la contrainsurgencia", en *VII Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata: Argentina en el escenario latinoamericano actual: debates desde las ciencias sociales*, 2012, p. 1.

² *Ibid.*, p. 2.

³ Antonio NIÑO RODRÍGUEZ: "Uso y abuso de las relaciones culturales en la política internacional", *Ayer*, 71 (2009), pp. 25-61.

sus causas era necesario apelar a la identidad cultural más que a la política. Surge así el concepto de Guerra Fría cultural, término utilizado inicialmente por el crítico estadounidense Christopher Lasch en 1969⁴.

1.1. PREMISAS

En primer lugar, estableceremos una serie de premisas o condicionantes que nos van a permitir entender mejor este fenómeno. En este contexto es importante destacar que el concepto norteamericano de cultura y el término alemán *Kultur* no se identificaban con los mismos aspectos. Desde finales del siglo XIX, el término alemán se refería a la alta cultura y aludía a las obras maestras del arte, la música y la literatura. Su cultivo era obligación del propio individuo mediante el *Bildung* (formación educativa). Por el contrario, ya en el siglo XX, la cultura, desde el punto de vista estadounidense, se veía como un sistema compartido de creencias y costumbres abierto a todo el mundo e incluyendo tanto la alta cultura como la cultura más popular. No era algo que formase parte de la identidad de las personas e incluía actividades de lo más variopintas. En cambio, la *Kultur*, con un matiz claramente nacionalista y educativo, tenía raíces históricas y era parte de la herencia nacional del país⁵.

Una de las características que se ha destacado de la propaganda estadounidense inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, y que se prolongó bastante en el tiempo, fue su falta de objetivos claros. Los estrategas de Washington no sabían siempre lo que querían⁶. Los programas de la *United States Information Agency* (USIA) pondrán de manifiesto esa incertidumbre y, durante los años 50, la institución fue objeto de polémicas sobre su misión y sus mensajes. Al diseñar su propio programa de propaganda se limitaron a contestar a los soviéticos; los norteamericanos, por tanto, “se habrían limitado a recoger el guante del desafío”⁷. Este fue el problema primordial de la diplomacia cultural norteamericana durante estos años, los estadounidenses “llegaban tarde al partido”⁸.

⁴ Kristine vanden BERGHE: *Intelectuales y anticomunismo: la revista Cuadernos brasileiros (1959-1970)*, Leuven, Leuven University Press, 1997. Citado por Karina C. JANNELLO: “El Congreso por la Libertad de la Cultura: el caso chileno y la disputa por las ideas fuerza de la Guerra Fría”, *Izquierdas*, 14 (2012), p. 14.

⁵ Jessica C. E. GIENOW-HECHT: “¡No, no somos así!, el despliegue de la cultura americana en Europa durante la Guerra Fría”, en José Antonio MONTERO JIMÉNEZ y Antonio NIÑO RODRÍGUEZ (eds.): *Guerra Fría y propaganda: Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, p. 71.

⁶ *Ibid.*, p. 52.

⁷ Joel KOTEK: “Youth organizations as a Battlefield in the Cold War”, en Giles SCOTT-SMITH y Hans KRABBENDAM (eds.): *The cultural Cold War in Western Europe, 1945-1960*, London, Frank Cass, 2003, pp. 168-191.

⁸ Jessica C. E. GIENOW-HECHT: “¡No, no somos así!...”, p. 53.

Otro hecho a destacar es el intento del gobierno norteamericano, desde los primeros momentos, de no aparecer implicado en actividades propagandísticas. De hecho, ni siquiera se utilizaba abiertamente el término propaganda⁹. Los Estados Unidos no querían ponerse al mismo nivel que la URSS, precisamente porque se trataba de un país democrático. También había reticencias internas. Muchos círculos políticos estadounidenses, especialmente los más conservadores, miraban con recelo ciertas manifestaciones culturales en sí mismas. La sociedad norteamericana vivía un debate interno. Para los partidarios de las aportaciones culturales en el terreno del *soft power*, eran precisamente los inmovilistas los que daban pie a los comentarios sobre la pobreza cultural estadounidense. La cuestión fue especialmente delicada en los años más duros del macartismo, cuando muchas iniciativas en fomento de la cultura fueron consideradas subversivas. Esta situación hizo que se operase con mucha prevención¹⁰.

La financiación pública de la acción cultural exterior se vio, por tanto, lastrada por estos condicionantes. La diplomacia cultural norteamericana tuvo una libertad de acción y unos presupuestos más reducidos que la soviética¹¹. Pero a estas cifras “oficiales” hay que añadir las importantes contribuciones de las fundaciones, como la Ford, Carnegie o Rockefeller, sociedades filantrópicas, universidades privadas y empresas, ya que, en gran parte de las ocasiones, la proyección cultural estadounidense en el exterior se realizó con fondos privados. Estas instituciones casi siempre actuaron de acuerdo con los mandatarios gubernamentales, pero en ocasiones lo hicieron por su cuenta. Muchas veces, el sistema de financiación era oculto, lo que se denominaba como *the triple pass system*, que consistía en que la CIA creaba o apoyaba a una fundación que daba una gran cantidad de fondos a otra que, a su vez, subvencionaba proyectos concretos. Este sistema se suponía que iba a garantizar el origen secreto de los fondos, y así sucedió, de hecho, durante un tiempo. Pero algunos progresistas comenzaron a investigar y el seguimiento a través del sistema impositivo mostraba, de forma clara, la estrategia: y, así, fue posible establecer una conexión entre la CIA y diversas fundaciones y universidades¹². Las fundaciones daban la cara, tenían mejor prensa en Europa y estaban libres del estigma de ser consideradas instrumentos propagandísticos¹³. Los escándalos surgidos a finales de los años 60

⁹ Francisco Javier RODRÍGUEZ JIMÉNEZ: “Controversias de la Guerra Fría cultural: una reflexión desde lo ocurrido en torno a los American Studies, 1945-1975”, *Revista Complutense de Historia de América*, 36 (2010), p. 86.

¹⁰ *Ibid.*, p. 89.

¹¹ *Ibid.*, p. 91.

¹² María Jesús GONZÁLEZ HERNÁNDEZ: *Raymond Carr: la curiosidad del zorro: una biografía*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2010, p. 372.

¹³ Francisco Javier RODRÍGUEZ JIMÉNEZ: “Controversias de la Guerra Fría cultural...”, p. 96.

sobre la financiación por parte de la CIA de ciertas actividades desarrolladas hicieron que estas entidades intentasen desvincularse de las acciones gubernamentales.

Dentro del frente intelectual, la principal organización fachada de la CIA fue el Congreso por la Libertad de la Cultura. La financiación, por parte de la agencia de inteligencia, se intentó mantener oculta por motivos de imagen externa pero también se pueden aducir otros motivos internos como el reparo de muchos políticos estadounidenses a apoyar financieramente las actividades y publicaciones de muchos grupos pertenecientes a la izquierda¹⁴. De todas formas, el principal fin de esta financiación encubierta era dar la sensación de que se trataba de organizaciones libres e independientes de cualquier estructura oficial. Se pretendía así reforzar el impacto político e intelectual de estos organismos poniendo el énfasis en su condición privada. Esta financiación encubierta iba a formar parte de las propias operaciones, también realizadas de forma encubierta¹⁵.

1.2. TRATAMIENTO HISTORIOGRÁFICO

1.2.1. La primera mitad del siglo XX

El debate sobre la influencia de Estados Unidos en Europa y la posible americanización de este continente surgió, tempranamente, ya entre finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX¹⁶. El crecimiento económico y demográfico de los Estados Unidos en esta época, unido a una presencia exterior cada vez más decisiva, hizo aflorar una mezcla de admiración, pero también de recelo. De todas formas, la cuestión todavía no tenía la importancia ni las connotaciones negativas que iba a adquirir con el tiempo. Muchas de las reflexiones sobre este asunto pertenecían todavía al terreno de la especulación periodística o literaria, como se podía observar, a título ilustrativo, en las obras de los británicos William Stead, *The americanization of the world or the trend of the twentieth century* (1902) o Herbert G. Wells, *The future in America: a search after realities* (1906)¹⁷.

El final de la Primera Guerra Mundial fue el punto de partida para que los Estados Unidos se erigieran en la principal potencia de Occidente. Durante los años 20, las sociedades europeas se convirtieron en receptoras y consumidoras de los estímulos y productos procedentes del país

¹⁴ Frances Stonor SAUNDERS: *La CIA y la guerra fría cultural*, Madrid, Debate, 2001, p. 279.

¹⁵ Olga GLONDYS: *La Guerra Fría cultural y el exilio republicano español: Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura (1953-1965)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2012, p. 23.

¹⁶ Lorenzo DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA y Pablo LEÓN AGUINAGA: "Americanización de Europa, Guerra Fría y estudios históricos: jalones de una trayectoria: introducción", *Historia del presente*, 17 (2001), p. 5.

¹⁷ *Ibid.*

norteamericano. Estos llegaban también, por primera vez, directamente al conjunto de los ciudadanos occidentales gracias a la expansión de medios como el cine y la utilización de nuevas técnicas de publicidad que condicionaban las pautas de consumo. Pronto, esta creciente influencia dentro de un contexto sociopolítico marcado por el auge de las ideologías nacionalistas y de izquierdas en Europa despertó reticencias y críticas, pudiendo observarse en la obra de algunos autores, como Georges Duhamel en *Scenes de la vie future* (1931)¹⁸. Las corrientes de pensamiento críticas hacia una modernidad simbolizada por los Estados Unidos sufrieron un auge.

1.2.2. Desde 1946: los inicios de la Guerra Fría

En este periodo, Estados Unidos realizó un despliegue propagandístico sin precedentes en Europa en tiempos de paz, tanto por su alcance como por su significado. La mayor parte de los trabajos sobre la diplomacia pública norteamericana fueron escritos por funcionarios o politólogos, entre los que destacan, por ejemplo, Charles A. Thomson, John W. Henderson y Ronald I. Rubin, con un doble propósito: defender su existencia y mejorar su efectividad¹⁹. En la inmediata posguerra, los observadores políticos y sociales lamentaron la ausencia de una política exterior más agresiva por parte de las autoridades estadounidenses. Propugnaron unos programas más eficientes para convencer a la humanidad de las bondades y ventajas de los Estados Unidos. También reprocharon la indiferencia gubernamental, tras el final de la Segunda Guerra Mundial, en prorrogar los programas de relaciones culturales. Fueron determinados intelectuales los que tuvieron que llevar las riendas de las campañas²⁰. A pesar de la tradición liberal norteamericana, se consideraba que era tarea del Estado organizar, exportar y distribuir la cultura americana por el mundo. Por ese motivo, la conversión de Estados Unidos en una gran potencia vino acompañada de distintas tensiones con la tradición política norteamericana²¹.

Todos estos procesos incrementaron la popularidad de los Estados Unidos entre muchos europeos, pero también movilizaron a sectores críticos con su influencia. Entre estos últimos,

¹⁸ *Ibid.*, p. 6.

¹⁹ José Antonio MONTERO JIMÉNEZ: "Diplomacia pública, debate político e historiografía en la política exterior de los Estados Unidos (1938-2008)", *Ayer*, 71 (2009), p. 72.

²⁰ Jessica C. E. GIENOW-HECHT: "Shame on U.S.?: academics, cultural transfer, and the Cold War: a critical review", *Diplomatic History*, 24(3) (2000), p. 469.

²¹ José Antonio MONTERO JIMÉNEZ: "Diplomacia pública...", p. 64.

se daban cita desde los conservadores, que temían la modernización de las pautas de comportamiento social y cultural, hasta la oposición ideológica de raíz marxista²².

1.2.3. Años 60-70: la época del llamado imperialismo cultural

Durante los años 60 y 70, el debate se incorporó plenamente al ámbito académico. La aplicación de teorías neomarxistas a los análisis sociales y el desgaste internacional de la imagen estadounidense, debido a la Guerra de Vietnam y a la crisis interna provocada por el movimiento de los derechos civiles y la violencia racista, llevaron a un grupo de sociólogos, antropólogos culturales y teóricos de la comunicación a adoptar posiciones críticas frente a las implicaciones de la hegemonía económica y política americana. Un ejemplo fue la obra de Herbert Schiller, *Communication and cultural domination* (1976)²³. Las dudas sobre las intervenciones de Estados Unidos en el Tercer Mundo se veían como una crítica del capitalismo norteamericano en sí mismo. Estos reproches se hacían eco de los aspectos más importantes del discurso antiamericano existente fuera de Estados Unidos²⁴. Además, se señalaban los riesgos de la homogeneización y el empobrecimiento de las prácticas culturales norteamericanas, englobadas en un proceso general denominado imperialismo cultural²⁵. A su entender, la acción internacional norteamericana se encontraba volcada hacia la preservación del sistema capitalista²⁶.

Esta visión se convirtió también en dominante entre los historiadores, surgiendo las escuelas revisionista y corporatista²⁷. La primera de ellas, representada, entre otros, por Walter LaFeber, Thomas McCormick, Lloyd C. Gardner y William Appleman Williams, propugnaba que la política internacional de Estados Unidos tenía raíces evidentemente domésticas y estaba ligada a los intereses de distintos grupos. La identificación de dichos grupos y la clarificación del uso que hicieron de la propaganda corrieron posteriormente a cargo del corporatismo. Autores como Michael J. Hogan y Joan Hoff-Wilson concibieron la política exterior como el resultado de un consenso establecido entre distintos grupos: gobierno, empresarios, sindicatos e intereses agrícolas. El éxito de este mecanismo necesitaba de una apertura continuada de mercados foráneos que debía ser apoyada por la difusión de creencias y valores culturales estadounidenses²⁸. La mayor parte de estos autores coincidían a la hora de apuntar los objetivos

²² Lorenzo DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA y Pablo LEÓN AGUINAGA: "Americanización de Europa...", p. 7.

²³ *Ibid.*

²⁴ Jessica C. E. GIENOW-HECHT: "¡No, no somos así!...", p. 55.

²⁵ Jessica C. E. GIENOW-HECHT: "Shame on U.S.?...", pp. 470-479.

²⁶ José Antonio MONTERO JIMÉNEZ: "Diplomacia pública...", p. 73.

²⁷ *Ibid.*

²⁸ *Ibid.*, p. 74.

inmediatos de la diplomacia pública norteamericana, pero a veces diferían en cuanto al diagnóstico. Entre los más firmes defensores del imperialismo cultural se encontraban los que pusieron sus miras en las grandes fundaciones, como Richard Arnove y Edward Berman²⁹.

En el otro lado del debate se situaba un grupo de historiadores, como Allan Winkler y Peter Coleman, antiguo trabajador del Congreso por la Libertad de la Cultura³⁰, que asumían sin más la existencia de la política informativa y cultural como algo inherente a la organización gubernamental de los tiempos modernos, aludiendo de forma continua a las buenas intenciones de los individuos al mando de las campañas de propaganda.

1.2.4. Desde los años 90: la ideología y la cultura: parte fundamental de la diplomacia pública

La caída del bloque soviético reformó también el concepto de imperialismo cultural. Los historiadores no tuvieron que vincular sus tareas con una censura de las acciones gubernamentales y comenzaron a ver la cultura y los valores desde nuevas perspectivas. Para muchos de ellos, como Judith Goldstein y Robert O. Keohane, la ideología dejó de constituir un elemento subordinado a las necesidades políticas o las ambiciones financieras y fue capaz de influir directamente en las acciones exteriores de los estados³¹. Además, la caída del muro de Berlín produjo la aparición de nuevas propuestas de organización del contexto internacional. Estas premisas facilitaron la elaboración de multitud de estudios sobre la propaganda y las relaciones culturales que buscaban superar las limitaciones explicativas de carácter imperialista. Una obra fundamental en la crítica de las lecturas imperialistas es la de John Tomlinson, *Cultural imperialism: a cultural introduction* (1991)³². Estas aportaciones buscaron la difusión y transformación de la influencia norteamericana en varios escenarios para explorar nuevas facetas de un fenómeno heterogéneo.

En este contexto de revisión de los análisis e interpretaciones precedentes, el politólogo americano, Joseph Nye³³ formuló su teoría del *soft power*. En ella ponía en cuestión la eficacia de las formas tradicionales de poder, como el militar y el económico, para ejercer por sí solas el liderazgo mundial. Las relaciones internacionales se habían visto transformadas por la

²⁹ *Ibid.*, p. 77.

³⁰ *Ibid.*, p. 78.

³¹ *Ibid.*, p. 79.

³² Lorenzo DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA y Pablo LEÓN AGUINAGA: "Americanización de Europa...", p. 8.

³³ Joseph NYE: "Soft power", *Foreign Policy*, 80 (1990), pp. 153-171 y Joseph NYE: *The paradox of American power: why the world's only superpower can't go it alone*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

expansión de los medios de comunicación e información, el protagonismo de entidades ajenas a los estados y la globalización. Esto había producido que la capacidad de persuasión cultural e ideológica se convirtiera en un factor de primer orden. Este potencial persuasivo surgía del respeto que despertara el sistema sociopolítico de un país, el atractivo de su cultura popular y el prestigio de su política exterior. Todos estos factores favorecían la asimilación voluntaria de las posiciones propias por parte otros interlocutores internacionales. Más que coaccionar, se trataría, por tanto, de persuadir a terceros de la conveniencia de seguir los principios propios mediante la seducción y no de la imposición³⁴. Estas teorías sobre el *soft power* reforzaron los argumentos de los historiadores más críticos, que vinculaban el colapso económico soviético con un proceso paralelo de erosión de la legitimidad del modelo socialista y que se había visto acelerado por la expansión de las prácticas socioculturales occidentales, predominantemente estadounidenses³⁵.

Todos estos elementos hicieron que se incidiera en el estudio de la acción informativa y cultural desplegada por los Estados Unidos en Europa y en el resto del mundo. Diversas obras han examinado en los últimos tiempos las iniciativas emprendidas por la diplomacia pública y la inteligencia estadounidense. Destacan los estudios de autores citados en la bibliografía de este trabajo como, por ejemplo, Jessica Gienow-Hecht, que aborda, sobre todo, temas de la influencia del periodismo norteamericano en la Alemania de posguerra, además del antiamericanismo en Europa y la imagen norteamericana en este continente³⁶; Frances Stonor Saunders, que trata sobre la financiación, por parte de la CIA, de las actividades culturales desarrolladas por los estadounidenses³⁷; Giles Scott-Smith, que se ha ocupado de estudios generales y ha incidido en los aspectos de las políticas de intercambio de líderes³⁸; Hans Krabbendam, que ha recopilado, junto al propio Scott-Smith, una obra general de gran

³⁴ Francisco Javier RODRÍGUEZ JIMÉNEZ: *¿Armas de convicción masiva?: American studies durante la Guerra Fría: el caso español*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2010, p. 8.

³⁵ Lorenzo DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA y Pablo LEÓN AGUINAGA: "Americanización de Europa...", p. 8.

³⁶ Destacan sus obras: "Always blame the americans: anti-americanism in Europe in the twentieth century", *The American Historical Review*, 111(4) (2006), pp. 1067-1091. "¡No, no somos así!, el despliegue de la cultura americana en Europa durante la Guerra Fría", en José Antonio MONTERO JIMÉNEZ y Antonio NIÑO RODRÍGUEZ (eds.): *Guerra Fría y propaganda: Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, pp. 49-84. "Shame on U.S.?: academics, cultural transfer, and the Cold War: a critical review", *Diplomatic History*, 24(3) (2000), pp. 465-494 y *Transmission impossible: American journalism as cultural diplomacy in postwar Germany, 1945-1965*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1999.

³⁷ *La CIA y la guerra fría cultural*, Madrid, Debate, 2001.

³⁸ Entre otras obras, contamos con: "Las élites de Europa Occidental y el *Foreign Leader Program* (1949-1969)", en José Antonio MONTERO JIMÉNEZ y Antonio NIÑO RODRÍGUEZ (eds.): *Guerra Fría y propaganda: Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, pp. 125-154. *The politics of apolitical culture*, London, Routledge, 2002 y *Networks of Empire: the U.S. State Department's Foreign Leader Program in the Netherlands, France and Britain, 1950-1970*. Brussels, Peter Lang, 2008.

importancia³⁹ o Nicholas J. Cull, que ha estudiado, sobre todo, las tareas de las agencias estatales de información⁴⁰. Del mismo modo, otra serie de trabajos prestaban atención en fenómenos concretos de influencia norteamericana que afectaron a la opinión pública, como es el caso del cine⁴¹, con los estudios de Tony Shaw, Denise J. Youngblood, Judith Devlin, Christoph H. Muller y los de Amy C. Beal y Mark Carroll para la música⁴². El Congreso por la Libertad de la Cultura ha sido estudiado en profundidad por autores como la propia Frances Stonor Saunders, Michael Warner, Pierre Grémion, además de Peter Coleman, entre otros⁴³.

La historiografía española se incorporó con cierto retraso a estos análisis, pero en los últimos años son perceptibles los avances obtenidos en la investigación. Los estudios realizados en nuestro país se han enriquecido con las contribuciones precedentes y con los nuevos trabajos desarrollados en otros países. Entre los autores más destacados tenemos a Lorenzo Delgado, con varias contribuciones al estudio de la americanización de Europa⁴⁴; Antonio Niño, José Antonio Montero y Pablo León, que han recopilado obras colectivas en las que inciden en aspectos generales, aportando, además las particularidades del caso español⁴⁵; o Francisco Javier Rodríguez, que se ha centrado en abordar los *American Studies*⁴⁶. Con respecto a la relación de los exiliados españoles con el Congreso por la Libertad de la Cultura, destaca la

³⁹ *The cultural Cold War in Western Europe, 1945-1960*, London, Frank Cass, 2003.

⁴⁰ Podemos destacar: *The Cold War and the United States Information Agency: American propaganda and public diplomacy, 1945-1989*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010 y “Ganando amigos: la diplomacia pública estadounidenses en Europa Occidental (1945-1960)”, en José Antonio MONTERO JIMÉNEZ y Antonio NIÑO RODRÍGUEZ (eds.): *Guerra Fría y propaganda: Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, pp. 85-122.

⁴¹ Tony, SHAW y Denise J. YOUNGBLOOD: *Cinematic Cold War: the American struggle for hearts and minds*, Lawrence, University Press of Kansas, 2010. Judith DEVLIN y Christoph H. MULLER: *War of words: culture and the mass media in the making of the Cold War in Europe*, Dublin, University College Dublin Press, 2013.

⁴² Amy C. BEAL: “Negotiating cultural allies: American music in Darmstadt, 1946-1956”, *Journal of the American Musicological Society*, 53 (2000), pp. 105-139 y Mark CARROLL: *Music and ideology in Cold War Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.

⁴³ Frances Stonor SAUNDERS: *La CIA y la guerra fría cultural*, Madrid, Debate, 2001. Michael WARNER: “Origins of the Congress for Cultural Freedom, 1949-50”, *Studies in Intelligence*, 38 (1995). Peter COLEMAN: *The Liberal Conspiracy. The Congress for Cultural Freedom and the Struggle for the Mind of Postwar Europe*, New York, The Free Press, 1989 y Pierre GRÉMION: *Le Congrès pour la Liberté de la Culture en Europe (1950-1967)*, Paris, Centre National de la Recherche Scientifique, 1988.

⁴⁴ “Americanización de Europa, Guerra Fría y estudios históricos: jalones de una trayectoria: introducción”, *Historia del presente*, 17 (2001), pp. 5-11.

⁴⁵ José Antonio MONTERO JIMÉNEZ y Antonio NIÑO RODRÍGUEZ (eds.): *Guerra Fría y propaganda: Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012 y Antonio NIÑO (ed.): “La ofensiva cultural norteamericana durante la Guerra Fría”, *Ayer*, 75 (2009).

⁴⁶ ¿*Armas de convicción masiva?: American studies durante la Guerra Fría: el caso español*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2010 y “Controversias de la Guerra Fría cultural: una reflexión desde lo ocurrido en torno a los American Studies, 1945-1975”, *Revista Complutense de Historia de América*, 36 (2010), pp. 79-102.

obra de Olga Glondys⁴⁷ y la de Fabiola de Santisteban⁴⁸ sobre el papel de las fundaciones norteamericanas en nuestro país.

2. GÉNESIS Y ORÍGENES

Para poder entender el proceso tenemos que abordar el origen de la ofensiva cultural norteamericana y su relación o reacción a la propaganda comunista que había comenzado a desarrollarse en décadas anteriores. En los primeros años, los soviéticos tuvieron ventaja en este aspecto, ya que sus estrategias eran expertos en la guerra psicológica debido a que habían sido pioneros en desarrollar armas propagandísticas a escala global durante las décadas anteriores a la Segunda Guerra Mundial.

2.1. LOS INICIOS: LA PROPAGANDA COMUNISTA

La Internacional Comunista, KOMINTERN, fundada por Lenin durante su primer Congreso en Moscú en 1919, fue el medio por el que la Unión Soviética intentaría abarcar a todo el espectro ideológico de izquierda en el mundo y, en especial, a una Alemania cuyo poder industrial podría minimizar el atraso soviético⁴⁹. Con tal fin, comenzó a desarrollarse un nuevo sistema de control que se fundamentaba en dos premisas: la manipulación de los intelectuales y las operaciones secretas de propaganda. Intentó dirigir a la sociedad occidental hacia una alabanza sin discusión de la Revolución Soviética como un hito de claro carácter progresista y que solo podía ser criticada desde ámbitos reaccionarios⁵⁰. Surgen así redes de opinión pública mediante el uso de propaganda y diferentes medios de comunicación. Su misión era agrupar y educar a los intelectuales en la senda de la cultura de los adversarios, sobre todo en sus lugares de formación, las propias universidades⁵¹.

El KOMINTERN, en su séptimo congreso celebrado en 1935 en Moscú, diseñó la táctica para derrotar al fascismo que consistía en unir a los intelectuales y a los liberales con los propios revolucionarios⁵². Esta estrategia atrajo a muchos idealistas de las clases medias y a grandes intelectuales seducidos por la idea de defender su cultura nacional frente a la amenaza fascista,

⁴⁷ *La Guerra Fría cultural y el exilio republicano español: Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura (1953-1965)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2012.

⁴⁸ "El desembarco de la Fundación Ford en España", *Ayer*, 71 (2009), pp. 159-191.

⁴⁹ Francisco Javier RUIZ DURÁN y José Antonio PEÑA RAMOS: "La dimensión política y estratégica de la cultura: intelectualidad y arte durante la Guerra Fría cultural", *Revista Política y Estrategia*, 121 (2013), p. 62

⁵⁰ *Ibid.*

⁵¹ *Ibid.*

⁵² *Ibid.*

creándose iniciativas como la Asociación Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura.

Tras el conflicto mundial, y con las miras puestas en el afianzamiento de su zona de influencia en la Europa de la posguerra, la propaganda soviética comenzó a aplicarse en los países democráticos occidentales. Pronto se dieron cuenta de la inestabilidad de la época y desplegaron una serie de recursos para abrirse paso en la conciencia europea y ganarse su favor. Así pues, el sistema de propaganda soviético había tomado la iniciativa mucho antes. Su mensaje insistía en la educación, la historia y la alta cultura y en las lagunas que presentaba Estados Unidos en este ámbito. Los agentes comunistas consideraban que los europeos se identificaban más con esa alta cultura, la *Kultur*. Las bases del debate ya se habían fijado cuando entraron en escena los norteamericanos y estos tuvieron que dedicar mucho tiempo a defenderse de las críticas que decían que los Estados Unidos carecían de dicha *Kultur*.

La propaganda soviética de la Guerra Fría se articulaba a través del denominado Movimiento por la Paz. Este se basaba en la red internacional que había sido desarrollada en la década de los años 30, creando una serie de revistas, editoriales, agrupaciones, comités y otros órganos de propaganda que se extendieron por todo el mundo. Todos estos organismos y asociaciones estaban financiados, subvencionados e infiltrados de forma encubierta. De esta manera, en 1947 surgió el KOMINFORM que es el acrónimo en ruso de Oficina de Información Comunista. Este organismo se va a encargar, desde entonces, de coordinar innumerables congresos, conferencias, festivales y publicaciones. Tras las asambleas de Praga y París, organizó, en septiembre de 1949, el Congreso Americano por la Paz en Ciudad de México, a lo que siguió la inauguración en Estocolmo del Comité Permanente del Congreso Mundial de la Paz en marzo de 1950. A la vez, surgieron multitud de operaciones financiadas y encubiertas por todo el mundo. La propaganda soviética ha sido tratada en profundidad en varios trabajos entre los que destacan, con un carácter más general, las obras de Tony Judt y Timothy Snyder⁵³. Existen otras obras más específicas que han ampliado la cuestión⁵⁴.

⁵³ Tony JUDT: *Sobre el olvidado siglo XX*, Madrid, Taurus, 2008 y Tony JUDT y Timothy SNYDER: *Pensar el siglo XX*, Madrid, Taurus, 2012.

⁵⁴ Babette GROSS: *Willi Münzenberg. Una biografía política*, Vitoria, Ikusager, 2007; Margarete BUBER-NEUMAN: *Historia del Komintern*, Barcelona, Picazo, 1975 y Frederick C. BARGHOORN: *La ofensiva cultural soviética*, México, DF, Herrero, 1966.

2.2. DIVISIÓN DE LA IZQUIERDA: PRIMERAS CRÍTICAS

Pronto surgieron desavenencias entre los estalinistas y los trotskistas. Estos últimos comenzaron, junto con algunos liberales, a desarrollar el germen de la división de la izquierda que culminó con acciones como la creación del Comité por la Libertad de la Cultura, en 1939, y la publicación de la *Partisan Review*. En la década de los años 30 y 40 del siglo XX, los activistas de izquierda, excomunistas y antiestalinistas, sufrían represión por parte de los comunistas ortodoxos. Tras la unión de la URSS al bando aliado, en muchos círculos intelectuales y políticos de Europa, el antiestalinismo llegó a ser equiparado al fascismo. Además de perseguidos, sus opiniones fueron censuradas en los medios de prensa de muchos países, hecho que fue potenciado por la eficaz propaganda prosoviética desarrollada en estos años⁵⁵.

Incluso tras finalizar la Segunda Guerra Mundial, los enemigos de Stalin seguían siendo silenciados en muchos círculos intelectuales y políticos. Autores como George Orwell, con su *1984*, Arthur Koestler, con sus testimonios sobre las purgas estalinistas en *El cero y el infinito*, e incluso Hannah Arendt, con sus *Orígenes del Totalitarismo*, tuvieron serias dificultades para publicar sus obras. En el mundo intelectual francés, dirigido por Jean Paul Sartre, cualquier opinión antiestalinista era interpretada como señal de colaboracionismo. Esta persecución influyó en el destino y agravó la situación de muchos refugiados europeos que huían de los totalitarismos. Sus denuncias sobre los métodos y objetivos de Stalin obedecían a necesidades morales y vitales y no a un oportunismo de adhesión a las estructuras de poder capitalistas⁵⁶. Así, en los años anteriores a la institucionalización de la ofensiva comunista de la Guerra Fría, la organización de actividades y publicaciones destinadas a contrarrestar la propaganda de la URSS venía principalmente de los excomunistas. Pronto, debido a las circunstancias y a las persecuciones que sufrían, comenzaron a participar en diversas actividades que buscaban un compromiso antitotalitario.

A este colectivo, se unió, del lado institucional, la lucha antiestalinista desarrollada por líderes sindicales estadounidenses, también excomunistas, como Jay Lovestone, Irving Brown y David Dubinsky desde los años 30. En las siguientes décadas, promoverían la creación de sindicatos anticomunistas, la infiltración en los existentes y la difusión de propaganda política. En este contexto, algunos miembros del exilio republicano español fueron útiles ya que se trataban de

⁵⁵ Francisco Javier RUIZ DURÁN y José Antonio PEÑA RAMOS: "La dimensión política y estratégica de la cultura...", p. 62.

⁵⁶ Olga GLONDYS: *La Guerra Fría cultural...*, p. 42.

convencidos antiestalinistas. Destacaban, en este aspecto, antiguos miembros del POUM, enfrentados con los comunistas. Pronto su rechazo al régimen soviético se extendió a su rechazo a cualquier radicalismo izquierdista⁵⁷. Todo ello sería clave para organizar el modelo de la Guerra Fría cultural de los Estados Unidos.

2.3. LA REACCIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS

A la vez que se desarrollaba la labor de la propaganda comunista, los Estados Unidos tuvieron que reaccionar en este contexto en donde los aspectos ideológicos tenían una gran importancia y era necesario fomentar el pensamiento democrático. El gobierno norteamericano, utilizando todo tipo de medios, se dispuso a desarrollar un programa de control ideológico que debería completar las acciones políticas y económicas que se venían desarrollando en el ámbito de la denominada Guerra Fría.

Los Estados Unidos, para contrarrestar esta ofensiva, desarrollaron, mediante la Ley *Smith-Mundt* de 1948, el primer programa de propaganda oficial en tiempos de paz de su historia. Bajo su amparo, aparecieron organismos como la emisora *Voice of America*, la USIA (*United States Information Agency*) o el programa Fulbright de intercambio, que buscaban exportar al exterior la cultura norteamericana, incluidos la literatura, la música y el arte. Todos ellos tenían como objetivo informar y confrontar los tópicos desfavorables para los Estados Unidos y su política. Junto a la ayuda económica suministrada a los países europeos devastados tras la guerra mediante el Plan Marshall, se trataba de influir, de forma discreta, en la política y la opinión pública de los mismos. La pretensión era diseñar una estrategia de propaganda llegando sobre todo a los sectores más vulnerables de ser influidos por la ideología comunista. El modelo que se siguió para ello imitó al desarrollado por los soviéticos. Aunque parezca paradójico, se adaptó la misma filosofía de funcionamiento para constituir y definir las redes de organismos tapadera establecidos por los norteamericanos⁵⁸. En el mismo año en que se creó el KOMINFORM, 1947, se fundó la CIA (*Central Intelligence Agency*) cuya actividad se fundamentó en el diseño e implantación de acciones encubiertas en todo el mundo, abarcando la mayoría de los campos de actividad humanos.

Así, frente a la propaganda soviética, se diseñó en 1950 la Campaña de la Verdad, “para ganar las mentes y las voluntades de los hombres”⁵⁹, que se centró de forma explícita en atraer a los líderes de opinión pública utilizando para ello folletos, libros, exposiciones y conferencias. Bajo

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 43-44.

⁵⁸ Olga GLONDYS: *La Guerra Fría cultural...*, p. 21.

⁵⁹ Frances Stonor SAUNDERS: *La CIA...*, p. 56.

estas circunstancias, se buscaba convencer al resto de los pueblos de que los objetivos de los Estados Unidos enlazaban con sus esperanzas de progreso, libertad y paz. La USIA supuso, por ejemplo, un intento de manipular a la opinión pública extranjera en medio de un contexto internacional tormentoso.

Las campañas encubiertas de los Estados Unidos tenían como objeto evitar la expansión de la ideología comunista y garantizar sus propios intereses, sobre todo económicos. La operación estaba liderada por la CIA y sus frentes eran variados. En primer lugar, se intentaba influir en los círculos de exiliados procedentes de naciones comunistas que eran considerados como un arma eficaz para infiltrarse y minar desde dentro estos propios países. Además, se buscaba consolidar la sociedad civil en Europa Occidental a través de los intelectuales pertenecientes a la llamada izquierda no comunista. Para ello se crearían organismos como el Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC) o el Movimiento Europeo. Por último, se desarrollaron una serie de programas para potenciar el desarrollo y la modernización de los países emergentes que impidieran el desarrollo de regímenes comunistas en ellos.

Estados Unidos carecía de una identidad cultural propia y se intentó crear y estimular un mercado específico para que los artistas estadounidenses llegasen al gran público europeo y se pudiera consolidar una base para construir esta identidad propia. La cultura iba a ser el vehículo de cohesión social para un pueblo que debía prepararse para asumir el liderazgo del bloque occidental. Hay que destacar el hecho de que el impacto de la cultura americana en Europa forma parte de un ciclo más amplio⁶⁰. En realidad, los Estados Unidos hicieron lo que otras naciones occidentales habían hecho durante siglos con la esperanza de que la expansión de sus estructuras y valores aumentase su influencia política. Estados Unidos es solo uno de los muchos imperios que mediante la exportación de su cultura buscaba obtener algún tipo de influencia. El despliegue de la cultura norteamericana en Europa hay que situarlo entonces en un contexto histórico y cultural que se extiende más allá del de la Guerra Fría.

3. ESTADOS UNIDOS Y SU CONCEPTO DE DIPLOMACIA PÚBLICA

Ampliando lo dicho en el epígrafe anterior, el inicio de la Guerra Fría produjo un cambio radical en la relación entre el gobierno de Estados Unidos y el concepto de diplomacia pública. Hasta entonces, la sociedad norteamericana se había mostrado recelosa hacia esas prácticas debido a que eran contrarias al liberalismo predominante en la tradición política estadounidense que

⁶⁰ Jessica C. E. GIENOW-HECHT: "¡No, no somos así!...", p. 57.

propugnaba la no interferencia del gobierno en la creación de la opinión pública entre otros aspectos. La administración consideraba que solo era legítimo manipular las opiniones de la gente en casos de “emergencia nacional”, como fueron las dos guerras mundiales.

Tras el final de la Segunda Guerra Mundial, la primera reacción fue suprimir los organismos de propaganda creados por la administración. Así, en 1945, las funciones del *Office of War Information* (OWI), el *Office of Strategic Services* (OSS) y el *Office of Coordinator of Inter-American Affairs* (OIAA), organismos creados durante el conflicto bélico, fueron transferidos al Departamento de Estado e integrados provisionalmente en el *Office of International Information and Cultural Affairs* (OIC). Ahora, la propaganda del Estado no tendría razón de ser en un mundo con un sistema de información abierto y con una libre circulación de las ideas⁶¹. Los congresistas y los medios de comunicación estaban de acuerdo con esta idea pero el Departamento de Estado era partidario de mantener unos servicios de información y propaganda cultural acordes con la posición hegemónica alcanzada por los Estados Unidos tras el conflicto. La superioridad del país en el terreno de la información merecía la pena ser explotada en defensa de los intereses nacionales⁶². Para ello contaba con instrumentos como la emisora de radio *Voice of America*.

En este contexto se aprobó en 1946 la ley Fulbright por la que se transfería al Departamento de Estado el control de todas pertenencias de guerra que en ese momento permanecían fuera de los Estados Unidos, para negociar su cesión a los países donde se encontraban y, a cambio, obtener divisas extranjeras con las que financiar los intercambios culturales con los Estados Unidos. Esta parecía ser la mejor forma de asegurar la libre circulación de ideas y la cooperación entre los profesionales de todos los países⁶³.

La coyuntura internacional cambió radicalmente a partir de 1947. La cooperación entre las naciones se vio comprometida por la determinación de la URSS de poner límites a la supremacía estadounidense. Este hecho supuso el final de la ilusión de un mundo posbélico de concordia en el que los intercambios buscando el entendimiento mutuo debían sustituir a la propaganda. La lucha iba a ser más política que militar y se hizo necesaria restablecer la prosperidad de los países capitalistas, devastados tras el conflicto, para poder lograr su cohesión social que les permitiese hacer frente a la amenaza comunista personificada en los propios

⁶¹ Antonio NIÑO RODRÍGUEZ y José Antonio MONTERO JIMÉNEZ: “Introducción”, en José Antonio MONTERO JIMÉNEZ y Antonio NIÑO RODRÍGUEZ (eds.): *Guerra Fría y propaganda: Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, p. 15.

⁶² *Ibid.*

⁶³ *Ibid.*

partidos comunistas europeos. Así se ideó el Plan Marshall, diseñado para la recuperación de las economías europeas, pero cuyo fin último era mostrar los beneficios del libre mercado a los diferentes países.

Hemos visto como en esta estrategia no solo se emplearon las alianzas militares y la diplomacia, sino que todas las acciones eran válidas para conseguir el objetivo final. Así, la política informativa y cultural en el exterior se consideró muy útil como complemento del Plan Marshall y el resto de medidas para contener al comunismo. Este aspecto se hizo más notorio en el momento en que los soviéticos, a través del KOMINFORM, desarrollaron una virulenta campaña contra el plan de reconstrucción europea. Todo ello hizo posible el justificar unos programas que, en otras circunstancias, serían considerados contrarios a los principios de libertad de expresión y pensamiento vigentes en el sistema de valores americano.

Los teóricos del realismo político contribuyeron a legitimar el uso de la propaganda, pero el proceso para institucionalizar las políticas de diplomacia informativa y cultural fue bastante desordenado y azaroso⁶⁴. Todavía, a comienzos de 1947, los servicios de información en el extranjero, como arma diplomática, eran cuestionados por muchos congresistas que opinaban que era una estrategia costosa, difícil de medir sus efectos y que podía volverse en contra de quienes la utilizaban⁶⁵. Hasta que no se produjo el avance de la Guerra Fría no fueron conscientes de la necesidad de estos organismos adaptados a una coyuntura de emergencia nacional.

El paso definitivo lo dio el propio Congreso alarmado por las noticias que llegaban de Europa y que pudieron comprobar algunos congresistas, *in situ* en un viaje que realizaron a este continente. En enero de 1948 se aprobó la *Information and Educational Exchange Act*, conocida como Ley Smith-Mundt, que institucionalizaba el programa de información gubernamental. Su ámbito era muy amplio, por un lado, la difusión sobre los Estados Unidos, sus valores y objetivos de su gobierno mediante el empleo de los medios de comunicación. Por otro, el intercambio de estudiantes y profesores, el envío de publicaciones y la creación de bibliotecas y escuelas en el extranjero. Con esta ley se respaldaba legalmente la acción cultural en el exterior y se incrementaba la asignación presupuestaria para estas actividades. A partir de su aprobación los defensores de la propaganda política, de orientar la labor hacia la información,

⁶⁴ Nicholas J. CULL: "Ganando amigos: la diplomacia pública estadounidenses en Europa Occidental (1945-1960)", en José Antonio MONTERO JIMÉNEZ y Antonio NIÑO RODRÍGUEZ (eds.): *Guerra Fría y propaganda: Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, pp. 85-122.

⁶⁵ Antonio NIÑO RODRÍGUEZ y José Antonio MONTERO JIMÉNEZ: "Introducción", p. 17.

se impusieron claramente a los partidarios de las relaciones culturales⁶⁶. La Campaña de la Verdad, lanzada inmediatamente después por el presidente Truman y el comienzo de la Guerra de Corea convertirían estos programas en armas no convencionales contra los enemigos del país.

De forma simultánea, en enero de 1948 se creaba el *National Psychological Strategy Board* con el objetivo de coordinar a los diversos organismos gubernamentales, fundamentalmente el Departamento de Estado y la CIA, encargados de las tareas de información. Con esta iniciativa se iniciaron operaciones subversivas en Europa Oriental, y, la *Voice of America*, único medio capaz de llegar al interior de esas países, comenzó campañas para intentar separar a estas poblaciones de sus gobiernos. Todos los escrúpulos basados en la idea de que estas técnicas solo eran tolerables en tiempos de conflicto se fueron disipando paulatinamente a finales de la década de 1940⁶⁷. De todas formas, el proceso fue algo desordenado y se actuaba más bajo presión que con planes previamente preconcebidos⁶⁸. A partir de entonces, la administración hizo un uso exhaustivo de los medios de comunicación para dirigirse a la opinión internacional en apoyo de sus intereses de seguridad.

El proceso culminó con la creación en 1953 de la *United States Information Agency* (USIA) durante el mandato ya de Eisenhower. La nueva agencia tenía como objetivo mantener y reforzar la solidaridad de los pueblos libres creando un clima de confianza en los países no comunistas difundiendo la forma de civilización representada por los Estados Unidos buscando también desenmascarar cualquier intento de deformar y aislar su política. Atrás habían quedado, por utópicas, las pretensiones de liberar a los pueblos que habían quedado bajo la órbita soviética. La política de información iba a aparecer entonces unida a la política exterior y debía coordinarse con ella.

4. DIFERENTES TIPOS DE ACTUACIONES EN MATERIA DE DIPLOMACIA PÚBLICA

Desde un principio la diplomacia pública estadounidense combinó dos formas de actuación distintas pero estrechamente unidas: la propaganda política y la cultural. La primera tenía como

⁶⁶ *Ibid.*

⁶⁷ Giles SCOTT-SMITH: "Las élites de Europa Occidental y el *Foreign Leader Program* (1949-1969)", en José Antonio MONTERO JIMÉNEZ y Antonio NIÑO RODRÍGUEZ (eds.): *Guerra Fría y propaganda: Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, pp. 125-154.

⁶⁸ Antonio NIÑO RODRÍGUEZ y José Antonio MONTERO JIMÉNEZ: "Introducción", p. 18.

objetivo difundir una versión de la realidad acorde con los intereses políticos norteamericanos. Utilizaba medios inmediatos como la prensa, el cine o la radio y buscaba objetivos a corto plazo. La cultural se dedicó a manejar medios y contenidos relacionados con este entorno para influir en las actitudes y mentes de las poblaciones. Los programas educativos y culturales tenían objetivos más a largo plazo como la captación de las élites, mejorar la valoración de su producción cultural y difundir el modo de vida americano. Sus mecanismos eran más lentos y sus resultados duraderos pero inciertos y no siempre se ajustaban a los objetivos de la política exterior. La propaganda política actuaba sobre las opiniones y la cultural sobre las creencias. De todas formas, la línea divisoria entre ambas modalidades no siempre estuvo clara⁶⁹.

Los programas culturales partían con cierta ventaja ya que, al contrario que otras políticas de información, estaban más afianzadas debido a las operaciones que habían desarrollado algunas organizaciones privadas desde el siglo XIX. De este modo, el gobierno aparecía, muchas veces como coordinador, más que como promotor, de unas actividades ya reconocidas anteriormente. Las relaciones culturales y los intercambios educativos fueron considerados como la mejor forma de propaganda que podrían tener los Estados Unidos⁷⁰.

Las leyes Smith-Mundt y la Fulbright mostraban la preferencia liberal por los programas culturales de largo alcance, libres de vínculos directos con los objetivos de la política exterior⁷¹. Muchos sectores propugnaban separar las iniciativas culturales de los programas de información produciéndose un enfrentamiento soterrado entre ambas opciones⁷². Sin embargo, al afianzarse la Guerra Fría, los defensores de la información fueron ganando terreno frente a los defensores de las relaciones culturales. Esto supuso que la primera línea se impusiera como dominante dentro de la diplomacia pública estadounidense. Desde entonces, y durante los años 50, las relaciones culturales se concibieron como parte de la guerra psicológica.

4.1. INDEFINICIÓN TERMINOLÓGICA Y APARICIÓN DEL CONCEPTO

Las autoridades siguieron evitando utilizar la palabra “propaganda” como tal debido a la sinuosa historia del término⁷³. Este había quedado marcado por las prácticas desarrolladas en las primeras décadas del siglo XX y la administración norteamericana solo la utilizaba

⁶⁹ *Ibid.*, p. 23.

⁷⁰ Richard T. ARNDT: “Reflexiones de un tiempo pasado: propaganda y cultura”, en José Antonio MONTERO JIMÉNEZ y Antonio NIÑO RODRÍGUEZ (eds.): *Guerra Fría y propaganda: Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, p. 388.

⁷¹ Giles SCOTT-SMITH: “Las élites de Europa Occidental...”, p. 138.

⁷² Richard T. ARNDT: “Reflexiones de un tiempo pasado...”, pp. 389-392.

⁷³ *Ibid.*, pp. 384-385.

públicamente para referirse a las actividades de los rivales. Sus propias operaciones se calificaban como de información, de cooperación o de intercambio. Durante las décadas de los años 40 y 50 hubo un continuo cambio en el nombre oficial de los organismos y cargos que muestran el interés por camuflar estas prácticas que eran rechazadas por gran parte de la opinión pública estadounidense. En cambio, en los documentos internos y reservados se empleaba el término propaganda sin ningún tapujo.

La búsqueda permanente de eufemismos concluiría con la generalización del término **diplomacia pública**. El nombre procede del *Edward D. Murrow Center for Public Diplomacy*, fundado en la Universidad de Tufts en abril de 1965⁷⁴. Posteriormente, las agencias gubernamentales lo utilizaron para designar el conjunto de sus atribuciones, y en los últimos años ha sido adoptado por la ciencia política⁷⁵. Su éxito radicó, y radica, en que podía utilizarse en un sentido similar al de propaganda, pero evitando las connotaciones negativas de esa palabra. Además, se relacionaba con una práctica bien considerada en los ámbitos privados como era las relaciones públicas y servía para desviar el punto de atención desde el gobierno a los ciudadanos. Se puede definir entonces la diplomacia pública como un intento de influir sobre el público extranjero para formar audiencias favorables a la cultura, la política y los intereses propios⁷⁶. Con la expresión “pública” se quiere resaltar que se trata de una acción “transparente” que tendrá como fin relacionarse directamente con la población de los demás países para informales, sin intermediarios, de la razón y los propósitos de la política internacional estadounidense. Todo ello incluiría tanto la propaganda informativa como la más específica cultural.

4.2. VICISITUDES Y AVATARES EN SU DESARROLLO

En estos años se produjeron numerosos avatares en la política institucional de esta diplomacia pública norteamericana. Hubo muchas y continuas reformas administrativas, conflictos entre los poderes legislativo y ejecutivo e intervenciones presidenciales directas. Todo ello llevó al hecho de que las políticas más prestigiosas y con menos carácter político, las de intercambio cultural y educativo, las gestionaría directamente el Departamento de Estado. Paralelamente, los programas de información más polémicos los gestionaba la USIA. Esta contradicción o dualidad se debió al empeño del senador Fulbright que no quería que el programa de

⁷⁴ Nicholas J. CULL: *The Cold War and the United States Information Agency: American propaganda and public diplomacy, 1945-1989*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, p. 259.

⁷⁵ Antonio NIÑO RODRÍGUEZ y José Antonio MONTERO JIMÉNEZ: “Introducción”, p. 25.

⁷⁶ Giles SCOTT-SMITH: “Las élites de Europa Occidental...”, p. 125.

intercambios creado por él cayera en manos de la USIA por el riesgo que tenía de que las relaciones culturales fuesen politizadas⁷⁷.

Esta diferente dependencia orgánica suponía problemas de coordinación pero no era una señal de diferencias estratégicas. Estas se limitaban únicamente a los medios utilizados y a la rapidez en la búsqueda de resultados. Además, los dos tipos de propaganda se gestionaban localmente con el personal de la USIA y, aunque en cada delegación existía un *Information Officer* y un *Cultural Officer*, ambos estaban coordinados por un *Public Affairs Officer*. Todo esto hacía que pareciera que los Estados Unidos mezclaban propaganda e intercambios culturales en un mismo tipo de política hacía el exterior lo cual no era muy conveniente⁷⁸.

Otra característica era la cierta ingenuidad con la que las instituciones americanas creían en la veracidad y fuerza de sus propias ideas. El propio uso del término diplomacia pública no solo buscaba distanciarse de las prácticas propagandísticas desarrolladas en las primeras décadas del siglo por otros países, también significaba su compromiso con la verdad. En teoría, no necesitaban manipular ni falsear, les bastaba con informar de forma ecuánime y equilibrada de sus ideas y propósitos para convencer⁷⁹. Esta creencia procedía de las experiencias pioneras propagandísticas desarrolladas durante la Primera Guerra Mundial⁸⁰. Así, los materiales de propaganda, difundidos por la USIA en el exterior, no ocultaban su procedencia oficial y la propia Unidad abogaba por la honestidad y transparencia informativa indicando las actividades que nunca harían sin apelar a los sentimientos y utilizando solo la razón⁸¹. Los responsables norteamericanos no parecían darse cuenta de la importancia de los prejuicios, pasiones e intereses contrarios a la “americanización” en el ámbito de la opinión internacional⁸². Por supuesto que esta transparencia informativa solo se producía en la propaganda que se practicaba de forma abierta. Otros organismos diferentes de la USIA y el Departamento de Estado difundían otro tipo de propaganda de la que se ocultaba su procedencia.

Como era lógico, los responsables estaban vigilantes y facilitaban o impedían la difusión de ciertos mensajes no convenientes a su política. Los temas predilectos eran los que reflejaban la utopía conservadora: una sociedad democrática, pacífica y ordenada de altos valores morales, religiosos y familiares en donde los conflictos sociales estaban encauzados. Era una

⁷⁷ Antonio NIÑO RODRÍGUEZ y José Antonio MONTERO JIMÉNEZ: “Introducción”, p. 26.

⁷⁸ *Ibid.*

⁷⁹ *Ibid.*, pp. 26-27.

⁸⁰ Giles SCOTT-SMITH: “Las élites de Europa Occidental...”, p. 129.

⁸¹ Nicholas J. CULL: “Ganando amigos...”, p. 114.

⁸² Antonio NIÑO RODRÍGUEZ y José Antonio MONTERO JIMÉNEZ: “Introducción”, p. 27.

representación ideal de la sociedad estadounidense que buscaba oponerse a la propaganda comunista y a los estereotipos antiamericanos⁸³.

5. LAS PECULIARIDADES DE LA DIPLOMACIA CULTURAL NORTEAMERICANA

La diplomacia cultural estadounidense presentaba una serie de peculiaridades destacadas. El mecanismo de actuación era tratar de manipular a la opinión pública extranjera para que, indirectamente, pudieran condicionar la actuación de sus gobiernos. Se buscaba lograr estados de opinión favorables que facilitaran los costes de las intervenciones políticas o militares en el exterior. Los procedimientos básicos que se utilizaban, para crear un entorno propicio, eran variados. Uno de ellos era el de la persuasión, que se presentaba como desinteresado o de interés general, a lo sumo, aunque esto no fuese cierto. Otro era seducir, crear prestigio y redes para poder influir. Este último será el objetivo específico de la propaganda cultural.

Los programas de intercambio educativo y cultural establecían vínculos entre los responsables de la política internacional y los grupos encargados de la producción y difusión de prácticas y productos culturales. La peculiaridad de la diplomacia cultural radicaba en el hecho de que era una iniciativa gubernamental pero no podía desarrollarse si no era con la colaboración de la sociedad civil. La administración solo podía gestionar la cultura pero no crearla. La política cultural en el exterior debía realizarse con los contenidos que creaba la propia sociedad en colaboración con organizaciones como las universidades, fundaciones, asociaciones artísticas, estudios cinematográficos, etc. El propósito inicial de la propaganda cultural norteamericana era, siguiendo la tradición del país, que la administración se limitara a coordinar las actuaciones en el exterior de organizaciones privadas. Al final, los organismos gubernamentales actuaron en colaboración con la sociedad civil pero tuvieron más protagonismo del previsto inicialmente.

5.1. EL PAPEL DE LAS FUNDACIONES Y LAS UNIVERSIDADES

Así, muchos programas culturales que promovieron la expansión de las fundaciones privadas por el extranjero desde comienzos del siglo XX se encuentran detrás de iniciativas oficiales⁸⁴. Religiosos y educadores estadounidenses se establecieron en el exterior desarrollando una serie de tareas que, en el periodo de entreguerras, fueron asumidas por fundaciones como la Carnegie o la Rockefeller o instituciones no gubernamentales como el *Institute of International*

⁸³ *Ibid.*, p. 28.

⁸⁴ Giles SCOTT-SMITH: "Las élites de Europa Occidental...", p. 130.

Education buscando una especie de internacionalismo cultural. El trabajo desarrollado por las fundaciones mostró que el intercambio cultural no se debía ceñir solo a fines filantrópicos y podían servir también para potenciar los intereses de las grandes corporaciones que las suministraban fondos. El intervencionismo gubernamental que empezó a desarrollarse desde el *New Deal* junto con la situación política internacional previa a la guerra, hicieron que la Administración se sumara, de manera continuada, a las iniciativas de fomento de las relaciones culturales internacionales. En 1938 se creó, dentro del Departamento de Estado, la División de Relaciones Culturales con la principal misión de fomentar el intercambio educativo entre los países de América, aunque su principal misión fue frenar el avance del fascismo en los países del sur de continente⁸⁵. Se producía, de esta manera, una ruptura con la tradición de dejar la educación al margen de las competencias del gobierno federal.

La Administración estadounidense tuvo muchas relaciones con universidades y fundaciones privadas, pero también con otros consorcios, como la *Motion Picture Export Association of America*, con la que establecieron acuerdos para controlar los contenidos de las producciones cinematográficas⁸⁶. El caso de las fundaciones privadas es el más significativo. Estas instituciones filantrópicas estaban subvencionadas y patrocinadas por grandes empresas y tenían una gran importancia en la investigación y la educación. Las más grandes e importantes como la Ford, Rockefeller y Carnegie, realizaban actividades también en el exterior y servían, de manera muy eficaz, en la extensión de la cultura y la ciencia norteamericana por el mundo. Su colaboración con la diplomacia fue lógica ya que tenían objetivos comunes y sus dirigentes lo consideraron oportuno en una coyuntura considerada de emergencia nacional⁸⁷. Las fundaciones privadas proporcionaban una imagen de vitalidad, confianza y espontaneidad más propias de la sociedad civil que de las instituciones oficiales⁸⁸ y, por ello, fue muy apreciada su colaboración con la política emprendida por el Departamento de Estado durante la Guerra Fría complementando a otras agencias de la administración norteamericana como la CIA.

Por ejemplo, la Fundación Ford fomentó la integración de Europa con los mismos principios que imperaban en los Estados Unidos. Para ello desplegó una amplia red de instituciones y grupos de presión en la escena internacional financiando muchos programas de investigación en humanidades, ciencias sociales y económicas, desarrolladas en otros muchos centros. Todas

⁸⁵ Antonio NIÑO RODRÍGUEZ y José Antonio MONTERO JIMÉNEZ: "Introducción", p. 31.

⁸⁶ Nicholas J. CULL: "Ganando amigos...", p. 105.

⁸⁷ Antonio NIÑO RODRÍGUEZ y José Antonio MONTERO JIMÉNEZ: "Introducción", p. 31.

⁸⁸ Fabiola de SANTISTEBAN FERNÁNDEZ: "El desembarco de la Fundación Ford en España", *Ayer*, 71 (2009), p. 160.

estas acciones tenían como destinatarias a las élites europeas que, además de no otorgar un rango de igualdad a la cultura norteamericana, mostraba reticencias hacia la cultura de masas a la que atribuían una mediocridad y una falta de refinamiento. Sus acciones fueron parejas a la evolución de los intereses norteamericanos y, así, tras las revelaciones de la financiación por parte de la CIA de muchas actividades de diplomacia cultural estadounidense, disminuyeron sus aportaciones económicas destinadas a programas culturales y se centró más en la cooperación técnica, de estudios americanos impulsando la formación empresarial y las escuelas de negocios.

Un caso particular, referido a nuestro país, fue, por ejemplo, la ayuda que la Fundación Ford prestó, entre 1959 y 1970, a la Sociedad de Estudios y Publicaciones. Comenzó como una ayuda al fomento de los estudios de humanidades y sociología de la España contemporánea y continuó con la financiación de programas de asistencia técnica empresarial y de estudio de la realidad económica existente con el fin de modernizar sus estructuras. Al margen de su carácter altruista, el verdadero motivo fue tener acceso a una élite económica y social con los que establecer una comunidad de intereses y que pudieran influir en la toma de decisiones y los cambios políticos que presumiblemente se avecinaban⁸⁹. Con su financiación, la SEP organizaban los seminarios de investigación y a cambio, la Fundación Ford recopilaba información de calidad sobre las estructuras sociales y económicas españolas y mantenía, a la vez, contacto con las élites intelectuales que podrían influir en el diseño de una futura democracia⁹⁰. De esta forma, se podría evitar una transición contraria a los intereses geoestratégicos norteamericanos.

La cooperación se solía basar en una división de funciones. Las fundaciones solían intervenir cuando no se aconsejaba el uso de los medios oficiales, sobre todo si los destinatarios eran intelectuales, artistas o académicos. De todas formas, superado este impulso inicial, las acciones fueron conjuntas y con el mismo propósito de formar una identidad entre las élites de Europa Occidental, crear redes académicas y favorecer la unificación del pensamiento científico. La escasez de medios económicos disponibles para las actividades intelectuales en la Europa de los años 40 y 50 facilitó la influencia de las grandes fundaciones con cuyos fondos se pudieron desarrollar programas de intercambios académicos, viajes y el sostenimiento de centros de investigación sobre todo en ciencias sociales. Un ejemplo destacado fue el de la Universidad Libre de Berlín, que recibió importantes aportaciones monetarias por parte de la Fundación Ford para el desarrollo de programas relacionados con el estudio de la realidad norteamericana.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 162.

⁹⁰ María Jesús GONZÁLEZ HERNÁNDEZ: *Raymond Carr...*, p. 403.

También concedió ayudas a universidades europeas para organizar intercambios con universidades americanas. Entre otras subvencionó el Saint Antony's College de Oxford. En este se potenciaron las ciencias sociales y los estudios de área (América Latina, Oriente Medio, Europa del Este), muy necesarios en un mundo de grandes cambios políticos, y que rompían la tradicional introspección de los estudios históricos oxonienses. En esta tarea, la filantropía y la inteligencia se unían tanto en los objetivos como en la financiación⁹¹.

No se trató de una imposición por parte del gobierno, sino que la mayoría de los gestores culturales de las fundaciones asumieron como propios los planes geopolíticos diseñados por la diplomacia estatal⁹². La coordinación entre los medios oficiales y estas fundaciones se hacía utilizando redes personales, de tal forma que las mismas personas pasaban a ocupar responsabilidades en uno u otro lado. Este hecho permitió que la cooperación se realizase sin necesidad de llegar a acuerdos formales, ya que incluso su personal dirigente, además de compartir su propia visión del mundo, se intercambiaba. Un ejemplo fue la *Office of the Coordinator of Inter-American Affairs* (OIAA), dirigida por la Fundación Rockefeller y que se encargó de promover la cooperación cultural y los intercambios académicos con América Latina creando una verdadero complejo filantrópico-gubernamental.

5.2. LAS DIFERENTES TRADICIONES CULTURALES DE EUROPA Y ESTADOS UNIDOS

Junto con la experiencia que ya tenían las fundaciones privadas, los responsables de la diplomacia cultural contaban también con la positiva experiencia de los programas masivos de reeducación emprendidos en los países europeos ocupados tras la derrota del nazismo. Estos métodos habían sido útiles y podrían tener los mismos efectos en otros países. Sin embargo, pudo haber condiciones específicas, como la fuerte vinculación que existió en Alemania entre la diplomacia cultural y su política exterior, que explicasen el éxito en aquellas circunstancias⁹³. Además, sobreestimaron el potencial de su intervención cultural y no dieron suficiente valor al peso que en la reeducación de estos países tuvieron las tradiciones democráticas y liberales preexistentes. Todo ello produjo la idea de que las actividades culturales podían dar respuesta a los problemas políticos y por ello, la reeducación se adaptó hasta convertirse en parte integral de la respuesta de los Estados Unidos a la crisis surgida en sus relaciones con la URSS⁹⁴. Esto

⁹¹ *Ibid.*, p. 315.

⁹² Francisco Javier RODRÍGUEZ JIMÉNEZ: *¿Armas de convicción masiva?...*, p. 74.

⁹³ Giles SCOTT-SMITH: "Las élites de Europa Occidental...", p. 136.

⁹⁴ Nicholas J. CULL: "Ganando amigos...", p. 89.

puede explicar la confianza depositada en los programas culturales y educativos para obtener rendimientos políticos⁹⁵.

El enfrentamiento entre los países de los bloques y las necesidades de la situación internacional hicieron que estos programas se orientasen a fines más concretos e inmediatos. Los fondos que el Departamento de Estado dedicó a estos menesteres crecieron enormemente, lo que produjo un aumento muy considerable en la creación de centros culturales americanos, programas de enseñanza del inglés, ayudas a la edición de publicaciones, exposiciones e intercambio de personalidades. Cualquier actividad de la sociedad norteamericana podía ser objeto de promoción si contribuía a mejorar la imagen del país en el exterior. La cultura formaba parte de esa imagen y, por tanto, estaba en íntima relación con otras actividades sociales, incluidas las económicas y las políticas.

Esta forma de entender la cultura sorprendía a los intelectuales europeos. Para estos, la cultura era un concepto ligado a la distinción y al desinterés y no comprendían que estas actividades pudieran utilizar medios masivos de información y comunicación y el empleo de técnicas modernas de gestión o propias de la publicidad. Estos procedimientos confirmaban los prejuicios existentes sobre el carácter comercial de la cultura estadounidense y su asociación con la cultura de masas⁹⁶.

También había otras diferencias entre las tradiciones culturales de los Estados Unidos y de Europa. Los primeros eran partidarios de un librecambio de productos culturales para favorecer a su industria de entretenimiento pero este hecho, era compatible a la vez con una intervención estatal en favor de la promoción en el exterior de sus productos. En el continente europeo, sin embargo, abogaban más por la regulación y el control del sector cultural rechazando la libre difusión en este aspecto. En el caso francés, el librecambismo en el ámbito cultural se consideraba una amenaza ya que podía favorecer la llegada de productos foráneos. En todos los países, los intelectuales consideraban que la no regulación facilitaría la circulación de productos culturales de mala calidad⁹⁷.

Las divergencias eran aún mayores en el ámbito de lo que se debería considerar estrictamente como cultura. Hasta la Segunda Guerra Mundial, el pensamiento europeo había estado dominado por la oposición entre *Kultur* y *Civilisation*, siguiendo la tradición alemana y la

⁹⁵ Antonio NIÑO RODRÍGUEZ y José Antonio MONTERO JIMÉNEZ: "Introducción", p. 33.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 34.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 35.

francesa respectivamente, y que provocaba interpretaciones opuestas en los dos países. Ahora el enfrentamiento era entre la cultura de masas norteamericana y la cultura, digamos más noble, identificada con Europa. En cierto modo, era un choque entre el imperialismo cultural estadounidense y los nacionalismos europeos, en un terreno lleno de prejuicios y estereotipos propicio para las incomprensiones⁹⁸. Para muchos europeos, de izquierdas y de derechas, la hegemonía de la cultura norteamericana era contraria a los criterios por los que se había regido el mundo artístico e intelectual hasta entonces y no vieron necesariamente la invasión de la cultura popular americana como un imperialismo cultural, ya que para ellos resultaba incompatible con la *Kultur*⁹⁹. Se podía producir, por tanto, una decadencia de las tradiciones y las jerarquías anteriores junto con una pérdida de los rasgos de identidad existentes y una tendencia hacia la uniformidad. Numerosos intelectuales europeos arremetieron contra la avalancha de productos culturales norteamericanos de “baja calidad” que llegaban a Europa en los años 60¹⁰⁰.

En los Estados Unidos, los responsables de la diplomacia cultural no eran ajenos al problema de imagen que tenían entre las élites del mundo occidental. Desde los años 30 se había consolidado una imagen del país como una sociedad inmadura y estéril culturalmente. Muchos intelectuales europeos habían descrito aquel país como una sociedad de masas, con alto nivel de vida pero conformista, dirigida por hombres de negocio e incapaz de crear una cultura de calidad. La admiración por sus logros económicos se cambiaba en rechazo cuando se trataba de sus logros culturales. De esta manera, uno de los objetivos fue luchar contra estos estereotipos tradicionales culturales ya que se consideraba que eran un gran obstáculo para la acción diplomática.

Es significativo que, muchas veces, los encargados de estas tareas achacaban, en parte, esa mala imagen a la exportación de su propia industria cultural. En opinión de algunos representantes políticos locales buena parte de la culpa de que los Estados Unidos fuesen considerados en el extranjero como un pueblo materialista, sin cultura, ni interés por tenerla, estaba en casa¹⁰¹. Las películas de Hollywood, los cómics y la música moderna reflejaban la imagen de sociedad sin ideales e inculta. Por eso, los programas culturales y de intercambio se concibieron como instrumentos para mejorar la comprensión de la cultura y la vida norteamericana y poder crear confianza en el liderazgo y los valores estadounidenses. La intención no era luchar contra la

⁹⁸ *Ibid.*, p. 36.

⁹⁹ Jessica C. E. GIENOW-HECHT: “¡No, no somos así!...”, p. 56.

¹⁰⁰ Francisco Javier RODRÍGUEZ JIMÉNEZ: *¿Armas de convicción masiva?...*, p. 135.

¹⁰¹ Francisco Javier RODRÍGUEZ JIMÉNEZ: “Controversias de la Guerra Fría cultural...”, p. 89.

ignorancia sobre los valores y la sociedad norteamericana sino contra la versión sobre ella que proporcionaba su propia industria de entretenimiento¹⁰².

Los soviéticos estaban utilizando la cultura como un arma en la Guerra Fría y su ofensiva había tenido buenos resultados. Esto provocó que la administración estadounidense se inclinase por una contraofensiva utilizando a las organizaciones privadas que lo desearan y que obtendrían, a cambio, apoyo del Departamento de Estado. Unos años antes se había lanzado ya, de forma clandestina, un ataque a través del Congreso por la Libertad de la Cultura, como veremos más adelante.

5.3. EL INTENTO DE MEJORA DE LA IMAGEN CULTURAL NORTEAMERICANA

La cultura, en sus vertientes más académica y artística, tal como se entendía en Europa fue utilizada para contrarrestar la estrategia de persuasión de la URSS utilizando los medios artísticos e intelectuales pero también para mejorar la imagen de los Estados Unidos. Se buscaba demostrar que el país también contaba con una cultura desarrollada, artistas de calidad y prestigiosas universidades desmintiendo así todos los tópicos existentes. Se buscaba el tipo de cultura que podía ser beneficiosa y se relegaba la que pudiera dañar su imagen difundiendo ciertas obras y artistas, conmemorando acontecimientos previamente seleccionados y utilizando su literatura, sus orquestas sinfónicas, ballets y su pintura de vanguardia. En este aspecto, hay que destacar la utilización que se hizo de artistas negros para contestar a las acusaciones de discriminación racial en la sociedad norteamericana. Del mismo modo, también se limitó la difusión de escritores estadounidenses con tendencias izquierdistas. Con ciertos géneros musicales, como el *jazz*¹⁰³, hubo cierta controversia ya que no se estaba seguro sobre su consideración en Europa. Esta involucración de la Administración buscaba obtener beneficios en las relaciones internacionales, pero rompía la tradición según la cual el gobierno no debería tener ningún papel en el desarrollo cultural de la nación, tarea que sería de la incumbencia de la sociedad civil.

Los cómics y las obras de ficción fomentaron y exageraron la representación del comunista. La industria de Hollywood introdujo las pautas del conflicto en una extensa lista de películas que

¹⁰² Richard T. ARNDT: "Reflexiones de un tiempo pasado...", p. 395.

¹⁰³ Iván IGLESIAS IGLESIAS: "El arma secreta de América: el jazz como propaganda estadounidense en la España de la Guerra Fría (1950-1960)" en Ángeles BARRIO ALONSO, Jorge de HOYOS PUENTE y Rebeca SAAVEDRA ARIAS (eds.): *Nuevos horizontes del pasado: culturas políticas, identidades y formas de representación*, Santander, Universidad de Cantabria, 2011, p. 92.

abarcaron todos los géneros¹⁰⁴. Eran títulos que abordaban el debate ideológico desde posiciones patrióticas que no se disimulaban. La decisión, por parte de la industria, de realizar este tipo de producciones estaba relacionada con el discurso anticomunista imperante en la época, pero también por el inicio, desde 1947, de las actividades de la *House on Unamerican Activities Committee* (HUAC). Estos acontecimientos hicieron que la industria cinematográfica ayudase a propagar el anticomunismo imperante por miedo, la mayoría de las veces, a sufrir una censura posterior a lo que hay que unir la necesidad de superar el periodo de crisis al que estaba sometida esta industria en estos años¹⁰⁵. Surgieron así listas negras de sospechosos de colaboración o simpatía por el comunismo especialmente en la época del macartismo. En realidad, el cine fue usado, debido a su popularidad sobre todo, para frenar el miedo a la penetración de la ideología comunista en el seno de la propia sociedad norteamericana¹⁰⁶.

El mundo del arte asistió al surgimiento de una vanguardia en los Estados Unidos que consiguió ser centro mundial. Se desarrolló un expresionismo abstracto que abandonó los principios marxistas y se centró en un antiestalinismo combinado con un nacionalismo aunque sus representantes afirmaban su independencia y proclamaban su adhesión a una tercera vía. Se requería un arte individual para un modernismo contrario al academicismo, al populismo y al socialismo. Se comenzó a encumbrar a artistas como el pintor Jackson Pollock como símbolo del nuevo Estados Unidos liberal que tenía el deber de rescatar la cultura occidental del agravio totalitario. El artista de vanguardia, tan individualista, era la mejor representación para erosionar el autoritarismo del realismo socialista. La alineación propia del expresionismo abstracto era la que señalaba la verdadera libertad.

5.4. LOS PROGRAMAS GUBERNAMENTALES DE INTERCAMBIO

La preocupación por la imagen de los Estados Unidos, sobre todo a la recibida por las élites extranjeras, estuvo también detrás de la creación de los programas gubernamentales de intercambio. Estos eran de naturaleza variada: becas a estudiantes de posgrado, formación de profesionales e invitaciones a líderes de opinión para visitar el país. Los programas tenían alguna ventaja para la propia administración americana, ya que, pese a estar patrocinados por un gobierno extranjero, no solían generar rechazo ni desconfianza entre los demás países. Al

¹⁰⁴ JUNCO EZQUERRA, Víctor: "Guerra Fría en Hollywood: construcciones de identidad y alteridad en el ciclo de cine anticomunista, 1948-1952", *Revista canaria de estudios ingleses*, 49 (2004), pp. 217.

¹⁰⁵ José-Vidal PELAZ LÓPEZ: "Cae el telón: el cine norteamericano en los inicios de la Guerra Fría (1945-1954)", *Historia Actual Online*, 15 (2008), p. 128.

¹⁰⁶ CRESPO JUSDADO, Alejandro: *El cine y la industria de Hollywood durante la Guerra Fría, 1946-1969*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2009.

contrario, eran considerados como una colaboración de carácter altruista para el desarrollo y formación del capital humano y que proporcionaba prestigio al país beneficiado. Desde el punto de vista de los beneficiarios en dichos países, también constituía una gran oportunidad de mejora de su experiencia profesional, su perfil social o completar sus competencias académicas.

Otra ventaja de estos programas era que proporcionaban a los participantes una visión de primera mano que facilitaba la adopción de la mentalidad y los métodos americanos. El objetivo era que las personas beneficiadas se convirtieran en propagandistas naturales ante sus compatriotas¹⁰⁷. Para ello, uno de los criterios para la selección de los candidatos era la condición de estos como líderes de opinión en sus propias comunidades. Era, por tanto, una herramienta de doble uso ya que, por un lado, constituían un nexo entre las dos sociedades y, por el otro, eran la base de la cooperación educativa y científica futura¹⁰⁸. Los beneficios políticos podrían ser inmediatos si se lograba influir en la actitud de los visitantes. La financiación de estos intercambios fue una forma muy eficaz de ganar influencia en ciertos sectores de la sociedad y de contar con interlocutores muy bien dispuestos.

La confianza en los aspectos positivos de estos viajes radicaba también en la existencia de una especie de pacto oculto entre donante y beneficiarios basado en un agradecimiento implícito por parte de estos últimos. Por eso, era razonable esperar que los elegidos difundieran, a su vuelta, entre sus compatriotas, los aspectos más positivos de la sociedad estadounidense y que, de esta manera, colaborasen de forma espontánea y leal, con los intereses propagandísticos norteamericanos. Los beneficiarios debían estar dispuestos a convertirse en una especie de embajadores de buena voluntad de los Estados Unidos en sus respectivos países¹⁰⁹.

6. DIFERENTES MARCOS GEOGRÁFICOS Y DISTINTAS ESTRATEGIAS REGIONALES

Cada nación europea se enfrentó de forma particular al influjo de la cultura estadounidense después de la Segunda Guerra Mundial. A continuación vamos a ver, en líneas generales, los principales rasgos de la actuación norteamericana en diversos países o zonas geográficas.

¹⁰⁷ Lorenzo DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA: "Objetivo atraer a las élites: los líderes de la vida pública y la política exterior norteamericana en España", en José Antonio MONTERO JIMÉNEZ y Antonio NIÑO RODRÍGUEZ (eds.): *Guerra Fría y propaganda: Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, p. 244.

¹⁰⁸ Antonio NIÑO RODRÍGUEZ y José Antonio MONTERO JIMÉNEZ: "Introducción", p. 39.

¹⁰⁹ Giles SCOTT-SMITH: "Las élites de Europa Occidental...", p. 132.

6.1. REINO UNIDO

El gobierno británico también tomó parte de las operaciones culturales para contrarrestar la propaganda soviética. Se incrementó notablemente el presupuesto y el personal del *Information Research Department* (IRD), que comenzó a elaborar una ideología basada en los principios de la democracia y de la fe cristiana para rivalizar con el comunismo. Desde él se realizaron operaciones encubiertas para introducir propaganda sin que se conociese su origen o sus fondos. Al igual que sus colegas norteamericanos, pronto comprendieron la importancia de atraer a los izquierdistas desilusionados con el doble propósito de controlarlos e intervenirlos para alejarlos de la radicalidad. Uno de los consejeros más importantes del IRD fue el propio Arthur Koestler.

Pese a sus iniciales reticencias, el Reino Unido fue un caso claro de sumisión ante la ofensiva cultural norteamericana¹¹⁰. Debido a los lazos históricos y culturales existentes, los británicos ofrecieron, durante la Guerra Fría, una menor resistencia a la influencia americana que el resto del continente. A todo ello hay que unir que también jugó un papel muy importante en la transmisión de las ideas y la cultura norteamericana en Europa. Quizás el escepticismo que tenían frente al continente europeo incrementó su afinidad con los Estados Unidos¹¹¹.

De todas formas, no todo fueron facilidades ante la recepción del modo de vida americano. Siempre se produjeron reacciones negativas, sobre todo en las fases iniciales. Ya desde la década de los años 20, el rápido crecimiento de la antigua colonia era visto con una mezcla de inquietud, admiración y temor¹¹². La propia literatura norteamericana tenía una baja aceptación en el Reino Unido debido, entre otros aspectos, al recelo latente en gran parte de la ciudadanía y, sobre todo, de las élites encargadas de velar por la pureza de la lengua inglesa, de que la hegemonía en el mundo de la cultura anglosajona no se trasladase a los Estados Unidos¹¹³. La propia distribución de libros estadounidenses se veía dificultada por las regulaciones británicas de derechos de autor. El atractivo entre las masas de la cultura popular norteamericana hizo que la batalla se diese por perdida. Por eso los esfuerzos se dedicaron sobre todo a contrarrestar o amortiguar la influencia de la llamada alta cultura¹¹⁴. Pese a lo que pudiera parecer, británicos

¹¹⁰ Jessica C. E. GIENOW-HECHT: "¡No, no somos así!...", p. 59.

¹¹¹ Hugh WILFORD: "Britain: in between", en Alexander STEPHAN (ed.): *The americanization of Europe: culture, diplomacy, and anti-americanism after 1945*, New York, Berghahn Books, 2006, pp. 69-88.

¹¹² Francisco Javier RODRÍGUEZ JIMÉNEZ: *¿Armas de convicción masiva?...*, p. 135.

¹¹³ *Ibid.*, p. 175.

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 176.

y norteamericanos desarrollaron estrategias conjuntas pero, en ocasiones, compitieron abiertamente¹¹⁵.

6.2. FRANCIA

Francia, por el contrario, nos muestra un comportamiento muy diferente. Siempre mantuvo latente un fuerte antiamericanismo cultural, quizás el mayor de Europa, a pesar de los lazos históricos y políticos que unían a los dos países. En el caso de Francia, la resistencia a la cultura estadounidense se fundamentaba en el juego entre su autoimagen como un pueblo con una cultura peculiar y su propia experiencia colonial como imperialistas culturales¹¹⁶. Los políticos franceses no tuvieron mucho interés por la forma de vida americana y siempre mantuvieron un distanciamiento cultural, político y militar. La ayuda del ejército norteamericano frente a la amenaza alemana hizo que estos fueran muy bien recibidos por gran parte de la población, pero el entendimiento duró poco¹¹⁷. El antiamericanismo cultural fue una constante en la Francia de posguerra y estuvo inspirado tanto por los mitos como por la realidad¹¹⁸.

En este país, se intentó elaborar una estrategia política capaz de funcionar entre los dos bloques a modo de una tercera vía. Muchos intelectuales se declararon antiestalinistas pero también anticapitalistas. Este hecho permitió que París se convirtiera en la ciudad anfitriona de importantes encuentros e instituciones internacionales de ambos bandos.

Francia fue el país en donde surgieron los primeros síntomas de recelo ante la creciente presencia de los Estados Unidos en Europa. Por ejemplo, el intento de ciertas galerías de arte y coleccionistas norteamericanos de liderar el mundo del arte, de convertir a Nueva York en el nuevo punto de referencia mundial fue visto como un ultraje en París¹¹⁹. Además, había un gran proteccionismo cultural y los libros importados del extranjero estaban sujetos a una imposición muy alta, lo que dificultaba la difusión de la cultura estadounidense en este país. Para tratar de contrarrestar la situación, los estadounidenses intentaron desarrollar relaciones fructíferas con los medios de comunicación, sobre todo con los grandes periódicos parisinos mediante, entre otros instrumentos, la concesión de becas de intercambio a sus periodistas¹²⁰.

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 420.

¹¹⁶ José Antonio MONTERO JIMÉNEZ: "Diplomacia pública...", p. 56.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 129.

¹¹⁸ Richard J. GOLSAN: "From french anti-americanism and americanization to the american enemy?", en Alexander STEPHAN (ed.): *The americanization of Europe: culture, diplomacy, and anti-americanism after 1945*, New York, Berghahn Books, 2006, p. 66.

¹¹⁹ Francisco Javier RODRÍGUEZ JIMÉNEZ: *¿Armas de convicción masiva?...*, p. 158.

¹²⁰ Giles SCOTT-SMITH: "Las élites de Europa Occidental...", pp. 141-145.

Todos estos patrones, donde las particularidades históricas específicas de cada país jugaron un papel fundamental en los procesos de americanización, se repetirían en otros países más pequeños y culminarían en el caso de Alemania.

6.3. ALEMANIA

El caso alemán es el más paradigmático debido a la presencia de la política y del ejército norteamericano en la República Federal y la influencia de los productos de consumo estadounidenses desde el fin de la guerra. Los alemanes occidentales fueron sometidos a un completo proceso de americanización, con iniciativas tanto para los intelectuales como para el entretenimiento de las masas. A pesar de que muchas veces se ha utilizado el caso alemán como referencia, también muestra algunas peculiaridades locales ya que los Estados Unidos utilizaron su programa cultural, más que en su propio beneficio, como una forma de contrarrestar la propaganda nacional-socialista, en un principio, y la de la RDA y la URSS más tarde¹²¹.

Los programas de reeducación cultural de la Alemania de posguerra se planificaron, en un principio, desde los Estados Unidos y pretendían tener una duración limitada. Sin embargo, los diversos acontecimientos políticos, la ofensiva propagandística soviética y las propias dudas sobre la viabilidad de la democracia en Alemania Occidental hicieron que se tuviera que establecer un programa cultural más permanente. La Ley Smith-Mundt de 1948 permitió a la administración desarrollar un programa cultural e informativo masivo en tiempos de paz. A partir de 1949 se consolidaron los objetivos de la propaganda cultural en la República Federal de Alemania buscando contrarrestar y corregir la propaganda rival, tanto de la izquierda como de la derecha, explicar la política estadounidense y mejorar las relaciones entre los dos países. Desde entonces se estableció un programa oficial en este sentido aunque su funcionamiento fue un tanto irregular ya que los objetivos y los medios, junto con la financiación, variaban de forma continua¹²².

Los factores que determinaron la política cultural de los Estados Unidos en Alemania Occidental fueron el compromiso con la reconstrucción de una sociedad democrática, la intensificación de la propia Guerra Fría y las relaciones entre americanos y alemanes¹²³. Muchos americanos participaron directamente en la reconstrucción de Alemania y se relacionaron con la población local, del mismo modo, muchos alemanes viajaron a los Estados

¹²¹ Jessica C. E. GIENOW-HECHT: "¡No, no somos así!...", p. 61.

¹²² Laura A. BELMONTE: *Selling the American way: U.S. propaganda and the Cold War*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2008.

¹²³ Jessica C. E. GIENOW-HECHT: "¡No, no somos así!...", p. 62.

Unidos. Ambos países establecieron una colaboración para desarrollar la democracia en Alemania, hacer frente a los totalitarismos y enfrentarse al comunismo.

Las acciones en la RFA fueron a la vez un modelo y una excepción en las acciones de política cultural norteamericana en el extranjero. Por un lado, las intenciones estadounidenses eran en ese país más claras y obvias que en otros lugares del mundo. Por otro, como vencedores de la guerra, acumularon más poder e influencia que en ningún otro sitio y su determinación por provocar cambios profundos fue mayor. Fue en donde se invirtió más dinero en programas culturales y su población se benefició de un programa diseñado por expertos y adaptado a sus necesidades. Las inversiones incluían exposiciones, conciertos y representaciones teatrales y se cruzaron lazos emocionales e históricos con un compromiso personal por parte de sus ejecutores que iba más allá del deber profesional. Esto se tradujo incluso en el retorno de emigrados y exiliados para colaborar en las tareas de reconstrucción y el compromiso de muchos ciudadanos y organizaciones privadas estadounidenses en la misma.

Por ejemplo, la mayoría de las publicaciones editadas en Alemania tuvieron éxito gracias al esfuerzo de muchos emigrados, en la época de las persecuciones nazis, que retornaron y algunos periodistas locales. Gran parte de ellos habían obtenido la nacionalidad norteamericana en su exilio y se integraron en la *Psychological Warfare Division* (PWS) del ejército. Eran los agentes ideales para la transmisión cultural ya que, además de saber difundir los valores americanos, eran conocedores de la cultura local. Tal fue el caso del sociólogo austriaco, especialista en opinión y comunicación, Paul Lazarsfeld, entre otros. Además, las experiencias negativas de estos expatriados durante el nacional-socialismo impulsaron su buena disposición y eficacia como agentes culturales en la posguerra.

La relación entre los dos países ya era muy estrecha antes de la Guerra Fría y los lazos culturales ya venían desde el siglo XIX cuando muchos intelectuales, políticos y hombres de negocio viajaron entre las dos naciones. Desde la unificación alemana en 1871, la diplomacia cultural alemana se dedicó a convencer a las élites angloamericanas de la superioridad de la *Kultur* para obtener el apoyo político de los Estados Unidos. La música jugó un papel significativo en este aspecto y la ejecución de piezas de música clásica alemana en el país norteamericano transmitía emociones que mostraban la superioridad no solo del arte alemán sino de Alemania en su conjunto¹²⁴. Las audiencias americanas se ganaron su preferencia y fueron sumisas a los objetivos de la diplomacia cultural alemana.

¹²⁴ *Ibid.*, p. 64.

En la Alemania de posguerra, la actitud de los ciudadanos hacia la cultura se había convertido en un problema político. Los alemanes habían pecado de cierta soberbia al desarrollar su propio concepto de cultura distinto al del resto del mundo y que los nazis habían llevado a sus extremos¹²⁵. Toda esta herencia generaba intolerancia y una fuerte resistencia a las modas más recientes. Era necesaria que surgiera una comprensión hacia los nuevos movimientos artísticos, como el arte abstracto o el expresionismo, para el funcionamiento de la democracia ya que así se potenciaría el debate, la crítica y la tolerancia. El arte debía reflejar los sentimientos, opiniones y gustos propios y respetar los de los demás. Además, podía utilizarse como una forma de integración del país en la nueva Europa en construcción¹²⁶. En otros términos, el arte era democracia y la democracia arte¹²⁷. Los alemanes veneraban su idea de tradicional de alta cultura tanto como los norteamericanos glorificaban su tradición democrática. En cambio, la visión de la democracia para los alemanes era similar a la de cultura para los estadounidenses, algo que se utilizaba pero se podía dejar a un lado cuando no se necesitara o pasase de moda. No había un consenso, en el país europeo, sobre la idea de democracia como sistema político ideal, al igual que no existía, en los Estados Unidos, una visión común en torno a la cultura. Si los alemanes se democratizaban, tenían que apreciar tanto la propia democracia como la *Kultur* ya que ambos conceptos estaban unidos¹²⁸.

Las inversiones realizadas durante la Guerra Fría tuvieron como resultado que las relaciones germano-americanas evolucionasen. En 1955 se puso fin al periodo del Alto Comisionado y lo que había sido un programa unilateral dio paso a unas relaciones culturales ya de carácter plenamente bilateral. El surgimiento de la RFA como un firme aliado hizo que el apoyo financiero gubernamental a los programas culturales fuese menos necesario ya que seguía creciendo el apego de la población local a los productos culturales norteamericanos y sus manifestaciones que incluían exposiciones, conciertos de música clásica y *jazz* y subvenciones a medios de comunicación. Todo esto hay que enmarcarlo dentro de un proceso general, surgido a partir de los años 50, en los que la atención gradual de los Estados Unidos fue girando hacia el Tercer Mundo. A pesar de todo, siguieron funcionando, mucha veces por petición de la propia población local, algunas iniciativas culturales de los norteamericanos en Alemania como fueron las *Amerika Häuser*, que eran centros para difundir la política y cultura estadounidense.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 71.

¹²⁶ Alexander STEPHAN: "A special German case of cultural americanization", en Alexander STEPHAN (ed.): *The americanization of Europe: culture, diplomacy, and anti-americanism after 1945*, New York, Berghahn Books, 2006, p. 70.

¹²⁷ Jessica C. E. GIENOW-HECHT: "¡No, no somos así!...", p. 72.

¹²⁸ *Ibid.*, p. 73.

Estos centros tuvieron mucha influencia a la hora de mejorar las opiniones locales sobre la política y la cultura de los Estados Unidos¹²⁹.

El idilio entre los Estados Unidos y la RFA, que tanto éxito había tenido, terminó a finales de los años 60. Los problemas raciales y la Guerra de Vietnam afectaron a la credibilidad de los Estados Unidos, sobre todo entre la población local nacida después de 1940. Se comenzaba a ver al país norteamericano como imperialista y materialista. Los prejuicios se manifestaban tanto en los aspectos políticos como en los culturales y se cerraron las mentes a las expresiones culturales estadounidenses, entre las clases medias y los intelectuales, con la excusa de que eran copias de marcado carácter comercial que ponían en peligro la alta cultura¹³⁰.

A pesar de todo, Alemania alcanzó una fisonomía cultural atractiva, en la que la alta cultura y la cultura popular se retroalimentan y la mayoría de la población ha aprendido a confeccionar su propio programa cultural en función de sus necesidades y educación a partir de una amplia oferta de entretenimiento, conocimiento e información¹³¹.

6.4. ESPAÑA

El caso de España resultó peculiar, dentro del contexto europeo general, en diversos aspectos. Se puede decir que quedó al margen de la Guerra Fría cultural debido a que estaba relativamente lejos del frente principal a causa de su marginación de la política internacional europea y porque el propio gobierno franquista ya se encargaba de combatir eficazmente el comunismo. El mensaje anticomunista sería redundante y la difusión de las ideas democráticas chocaba con un régimen dictatorial. Otra peculiaridad era que en otros países europeos los anticomunistas eran un grupo heterogéneo que mezclaba liberales, conservadores y trotskistas pero en España, evidentemente, esto no era posible.

La posición de los Estados Unidos respecto al régimen español fue pasando del rechazo frontal del régimen profascista tras el fin de la Segunda Guerra Mundial a una aceptación, debido a su posición estratégica y su anticomunismo, pero no exenta de recelo¹³². El mensaje difundido dejó al margen el discurso anticomunista y se centró en las bondades del sistema político y la sociedad estadounidense. Lo prioritario era contrarrestar el antiamericanismo existente entre

¹²⁹ Jessica C. E. GIENOW-HECHT: "Die amerikanische Kulturpolitik in der Bundesrepublik, 1949-1968", en Detlef JUNKER *et al.* (eds.): *Die USA und Deutschland im Zeitalter des Kalten Krieges, 1945-1968*, Stuttgart, Anstalt, 2001, pp. 612-622.

¹³⁰ Alexander STEPHAN: "A special German case...", p. 75.

¹³¹ *Ibid.*, p. 78.

¹³² Lorenzo DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA. "Objetivo atraer a las élites...", p. 247.

los sectores más tradicionalistas del régimen y ganarse la colaboración de las autoridades sin injerir en los asuntos internos. La solución adoptada fue concentrar los esfuerzos en resaltar el modelo de civilización estadounidense, más que el cultural, uniéndolo al respeto a la diferencia española.

Tampoco se produjo el frente cultural que movilizó a los intelectuales europeos durante la Guerra Fría ya que el marxismo no despertó en España simpatías entre las élites cultas salvo en los exiliados que sí participaron pero fuera de nuestro país evidentemente. Lo que sí llegó con fuerza fue la ofensiva informativa y cultural masiva que desplegaron los Estados Unidos a partir de 1950 aunque fuese con cierto retraso respecto al resto de Europa Occidental. En España, aunque no se benefició del Plan Marshall ni pertenecía a la OTAN, el objetivo fue aprovechar la firma de los pactos bilaterales de 1953. Así, aunque no hubiera una sucursal del Congreso por la Libertad de la Cultura, la USIA sí desplegó su actividad y contribuyó eficazmente a que el modo de vida americano impregnara a la sociedad española.

Para combatir la desconfianza y el antiamericanismo presente en gran parte de las élites que, al igual que en otros países, rechazaban la cultura estadounidense por su simpleza e identificación con la cultura de masas, se desarrollaron también programas de visitantes distinguidos o de intercambio como las becas Fulbright. Además de las iniciativas gubernamentales la filantropía privada también llegó a España destacando las acciones llevadas a cabo por la Fundación Ford y el Congreso por la Libertad de la Cultura, en el que participaron notables intelectuales. En definitiva, todas estas intervenciones permitieron eliminar prejuicios y abrir el país al exterior aunque los más beneficiados fueron los sectores que pretendían modernizar el país pero sin cambiar las estructuras políticas que siguieron siendo dictatoriales.

6.5. AMÉRICA LATINA

Por lo que respecta a América Latina, obviamente los Estados Unidos habían ido construyendo con sus vecinos del sur anteriormente una relación mucho más estrecha que la que tuvieron con otros países. En un primer momento las tareas se fueron dejando en manos de agencias privadas pero pronto, las actividades gubernamentales se convirtieron en un germen de las políticas desarrolladas en el resto del mundo. De todas formas, las urgencias de la Guerra Fría convirtieron a esta zona en un área menos estratégica concentrándose los esfuerzos estadounidenses en Europa. Este giro en la atención supuso un desprecio para las élites de estos

países que manifestaron su descontento¹³³. Únicamente los sucesos de Cuba, en los primeros 60, hicieron variar ligeramente las prioridades. De todas formas, la diplomacia cultural soviética no tuvo una presencia muy grande en América Latina pese a los infundados temores norteamericanos¹³⁴.

La inserción de organismos como el Congreso por la Libertad de la Cultura en América Latina tuvo más dificultades que en Europa. El antiamericanismo en el mundo intelectual latinoamericano tenía raíces muy profundas y pronto se suscitó una desconfianza hacia la tarea de atacar la influencia comunista en los círculos culturales. La presunción de que el organismo matriz estaba financiado por la inteligencia estadounidense tampoco ayudó mucho en este aspecto. De todas formas, se llevaron a cabo algunas iniciativas como la publicación entre 1953 y 1965 de la revista *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*. Se publicaba en París en lengua castellana y en su dirección destacaron antiguos izquierdistas españoles reconvertidos en fervientes anticomunistas como el ex trotskista Julián Gorkin. Esta publicación encabezó la cruzada liberal contra la Unión Soviética, atacando el pacifismo y el neutralismo.

Como hemos visto, todos estos procesos contribuyeron a acrecentar la popularidad de los Estados Unidos entre muchos europeos, pero también movilizaron a sectores críticos con su influencia. Entre estos últimos se encontraba desde el temor de los sectores conservadores a la modernización de las pautas de comportamiento cultural y social, hasta los opositores ideológicos de tendencias izquierdistas. Podemos encontrar, por ejemplo, en el pensamiento de la Escuela de Frankfurt, destacando, especialmente, el caso de Herbert Marcuse, el exponente más prestigioso de la síntesis interpretativa de esta corriente de opinión crítica con los Estados Unidos¹³⁵. Además, se señalaban los riesgos de homogeneización y empobrecimiento de las prácticas culturales intrínsecos al proceso de americanización lo que hacía que, muchas veces, se refirieran al mismo como el paradigma del imperialismo cultural¹³⁶.

6.6. DIFERENTES ESTRATEGIAS REGIONALES

Se pueden establecer algunas diferencias significativas entre la estrategia norteamericana desarrollada en Europa y la seguida en América Latina. La más clara se refiere a la intensidad

¹³³ Miguel RODRÍGUEZ: "La perspectiva latinoamericana de la potencia cultural estadounidense", en José Antonio MONTERO JIMÉNEZ y Antonio NIÑO RODRÍGUEZ (eds.): *Guerra Fría y propaganda: Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, p. 308.

¹³⁴ *Ibid.*

¹³⁵ Jessica C. E. GIENOW-HECHT: "Shame on U.S.?...", pp. 470-479.

¹³⁶ *Ibid.*

del esfuerzo. Así en 1953, la USIA destinaba a Europa 3500 empleados y un presupuesto de 22,5 millones de dólares, mientras que la plantilla en América Latina era solo de 500 personas y el presupuesto de 1,5 millones de dólares¹³⁷. Otras cifras también nos pueden ayudar para ver la diferencia de recursos invertidos en uno y otro continente. En 1954 la distribución de libros e impresos enviados a las asociaciones culturales norteamericanas en el extranjero llegó a la cifra de un millón de libros anuales, pero Europa recibía más de la mitad de este material, mientras que a América Latina se dirigía solo un 9%. El resto se repartía entre Oriente Medio, un 17%, Extremo Oriente, un 16%, y África, un 3%¹³⁸. Todos estos datos nos pueden dar una idea de cuáles eran las prioridades de la administración norteamericana.

Las diferencias también se manifestaban en cuanto al tipo de mensajes que se utilizaban. En Europa, desde 1949, se emprendió un rearme que necesitaba ser apoyado por unas condiciones sociales y económicas favorables para lo que era necesario crear un estado de opinión adecuado. En este continente las acciones se centraron sobre todo en recalcar la amenaza del comunismo como ideología, la restauración de la confianza en la democracia y la necesidad de cooperación en Europa Occidental. Había que remarcar el compromiso de los Estados Unidos en la contención del comunismo y, por ello, era necesario mejorar su imagen global para que se pudiera aceptar el liderazgo que le correspondía en esta tarea. Algunas de estas ideas no fueron difíciles de transmitir. El comunismo y la política expansionista de la URSS eran considerados como una amenaza también para la mentalidad europea. El reforzamiento de la cooperación también fue bien acogido ya que el europeísmo estaba en alza en esta época de posguerra. Tampoco hubo muchas dificultades en convencer sobre la propia capacidad de liderazgo de los Estados Unidos en la lucha occidental por contener el comunismo.

Un objetivo concreto fue combatir las ideas del neutralismo o de tercera vía. En Europa, al contrario que en los Estados Unidos, no estaban descartadas las ideas de acercamiento y dialogo con la URSS aunque las posibilidades de éxito fuesen escasas. No se entendía la actitud norteamericana tan belicosa y lo que era una garantía de liderazgo frente a la amenaza soviética se podía convertir en una hegemonía que podía dejar a Europa dependiente de los estadounidenses. Todos estos sentimientos, que variaban según los países, producían un clima de opinión general que debilitaba la posición de los Estados Unidos y aumentaban la

¹³⁷ Nicholas J. CULL: "Ganando amigos...", p. 102.

¹³⁸ Antonio NIÑO RODRÍGUEZ y José Antonio MONTERO JIMÉNEZ: "Introducción", p. 19.

preocupación de sus dirigentes por la psicología de las sociedades europeas occidentales. Ello se reflejaría en la base de muchas de las acciones de la propaganda cultural estadounidense.

En América Latina la incompreensión y los desencuentros eran de otro tipo. En este continente, los Estados Unidos eran vistos como una amenaza para la soberanía e independencia nacional debido a la trayectoria de intervencionismo que desde finales del siglo XIX habían llevado a cabo los estadounidenses en esos países. También había una idea, sobre todo entre sus clases dirigentes, de haber sido marginados en el nuevo orden internacional surgido tras la Segunda Guerra Mundial. Se opinaba que se había ayudado de forma económica únicamente a Europa mientras que América Latina no había recibido ninguna compensación pese al apoyo y la lealtad mostrada para derrotar al nazismo. Este hecho provocaba una decepción, que los norteamericanos pretendieron mitigar proclamando la idea de que en su discurso frente al comunismo actuaban en nombre de todo el continente¹³⁹.

Las organizaciones comunistas en América Latina eran marginales. Su amenaza no era una prioridad para sus dirigentes que tenían otras preocupaciones más acuciantes como promover el desarrollo económico y social para poder prevenir posibles protestas populares. Este hecho, que no era primordial para los Estados Unidos, producía un aumento del nacionalismo que a su vez era una amenaza para los intereses comerciales norteamericanos en la zona. La respuesta estadounidense a estas demandas se basaba en los principios del liberalismo económico dando una mayor iniciativa privada, que se consideraba más fructífera que las ayudas públicas, en la concesión de capitales para acelerar el desarrollo económico, y la reducción de barreras aduaneras para incrementar el comercio internacional. Se dejaba el problema en sus manos. De los propios países dependía que se creasen las condiciones propicias para atraer los capitales privados norteamericanos. Todo esto no era muy comprensible para unas naciones que tenían unas economías poco desarrolladas y con mucha precariedad social.

En esta situación, la acción cultural se orientó hacia los programas basados en la cooperación con las élites locales que posiblemente serían mejor recibidos que los puramente informativos¹⁴⁰. Su peculiaridad, frente al caso europeo, se tradujo en la creación de centros binacionales que organizaban bibliotecas, organizaban actos culturales e impartían cursos de inglés. Estos organismos estaban apoyados económicamente por las agencias norteamericanas

¹³⁹ Miguel RODRÍGUEZ: "La perspectiva latinoamericana...", p. 281.

¹⁴⁰ José Antonio MONTERO JIMÉNEZ: "El despliegue de la diplomacia pública de los Estados Unidos en México: de la buena vecindad a La Campaña de la Verdad", en José Antonio MONTERO JIMÉNEZ y Antonio NIÑO RODRÍGUEZ (eds.): *Guerra Fría y propaganda: Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, p. 315.

pero se gestionaban de forma local con la participación de personalidades de cada propio país dando una falsa apariencia de cooperación bilateral que ocultaba su carácter de centros de propaganda.

De todas formas, desde comienzos de la década de los 50 la estrategia norteamericana pasó a una orientación más política e informativa que cultural, para apoyar, más directamente, la política exterior estadounidense¹⁴¹. Para los encargados de llevar a cabo estas tareas, sus prioridades estaban en contrarrestar el antiamericanismo existente promocionando el prestigio y los valores de la cultura de los Estados Unidos. La administración no lo entendía así e implantaron unas estrategias pensadas más bien para Europa pero poco útiles en el contexto latinoamericano. Los dirigentes tuvieron una obsesión con la amenaza comunista exagerada y sobrevaloraron la influencia de las organizaciones de este tipo en la región.

7. EL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

Dedicamos un capítulo aparte al Congreso por la Libertad de la Cultura, que supone un ejemplo paradigmático de organismo propagandístico con una financiación gubernamental encubierta. Representó una inversión muy rentable y con un gran éxito por parte de la CIA consiguiendo una promoción muy eficaz, aunque camuflada, de ciertos valores afines a los objetivos de los Estados Unidos. Surge a partir de dos fenómenos¹⁴². En primer lugar nos encontramos con la toma de conciencia, por parte del gobierno estadounidense, de la necesidad de lanzar un programa de propaganda ideológica y cultural que contrarrestase la ofensiva soviética en ese sentido. Fue la necesidad de frenar la política cultural del KOMINFORM, lo que impulsó a la CIA a crear el CLC¹⁴³. De otro lado, hay que tener en cuenta también las convicciones y necesidades de muchos intelectuales de la época que veían una amenaza en la existencia de los totalitarismos y sus propagandas. Los escritores tomaron conciencia frente al emergente totalitarismo estalinista. El Congreso desarrolló su actividad entre 1950 y 1967, año del estallido del escándalo de su financiación por la CIA, tras lo que supuso su transformación en la Asociación Internacional por la Libertad de la Cultura, cerrando su actividad en 1975. En esta última fase la financiación fue exclusivamente privada a cargo de la Fundación Ford principalmente. En sus años de mayor actividad, tenía oficinas en 35 países y publicaba una veintena de revistas de prestigio, junto con servicios de noticias propios.

¹⁴¹ *Ibid.*, p. 314.

¹⁴² Olga GLONDYS: *La Guerra Fría cultural...*, p. 55.

¹⁴³ Hugh WILFORD: *The CIA, the British Left and the Cold War: calling the tune*, London, Routledge, 2014, p. 102.

Su gran impacto y su compromiso expreso antitotalitario hacen que muchos historiadores defiendan su labor como algo necesario y justificado en el contexto político de la época. Su éxito nunca se hubiera producido por la activa colaboración de muchos intelectuales de todo el mundo, quienes siempre subrayaron su autonomía con respecto a la financiación estadounidense¹⁴⁴. Sin embargo, siempre se ha visto al CLC como una operación encubierta de la CIA y no como un movimiento intelectual independiente¹⁴⁵, tal como se descubrió posteriormente. Incluso se ha llegado a considerar a la CIA como un Ministerio de Cultura de los Estados Unidos en los primeros años de posguerra¹⁴⁶. Los estrategas norteamericanos respaldaban las actividades políticas e intelectuales que coincidían con sus intereses estratégicos pero, a veces, estos fenómenos podían tener un carácter espontáneo y el compromiso anticomunista de los pensadores de la época podía ser tan importante como los factores políticos¹⁴⁷.

7.1. ORÍGENES Y ANTECEDENTES

El precedente intelectual del Congreso fue el Comité por la Libertad de la Cultura (*Committee for Cultural Freedom*), fundado en 1939 por John Dewey y Sidney Hook, y que, con unas bases socialistas y antitotalitarias, proclamaba la necesidad de luchar contra los nazis y los estalinistas. Constituyó la agrupación más importante de la izquierda liberal estadounidense. Debido a la amenaza soviética, Hook vio, desde un primer momento, la necesidad de contar con apoyo gubernamental para la defensa de sus ideales y presentó al gobierno la propuesta para crear un movimiento de izquierda anticomunista internacional que se fundamentaba en la filosofía de la libertad de la cultura.

El 25 de marzo de 1949 se celebró en el hotel Waldorf Astoria de Nueva York una conferencia prosoviética. Hook fue el principal promotor de la conferencia paralela organizada para sabotearla y que fue la primera actuación que recibió financiación oculta por parte de la CIA¹⁴⁸. En ella coincidieron dos personas que fueron fundamentales en la creación del CLC, Melvin Lasky y Michael Josselson. Lasky era un periodista norteamericano de origen polaco y judío que había trabajado como corresponsal en las revistas *New Leader* y *Partisan Review* y dirigía *Der Monat*, publicación surgida un año antes para contrarrestar la propaganda

¹⁴⁴ Olga GLONDYS: *La Guerra Fría cultural...*, p. 55.

¹⁴⁵ Michael WARNER: "Origins of the Congress for Cultural Freedom, 1949-50", *Studies in Intelligence*, 38 (1995). Recuperado de internet (<http://1.usa.gov/1pGkl9l>).

¹⁴⁶ Frances Stonor SAUNDERS: *La CIA...*, p. 12.

¹⁴⁷ Olga GLONDYS: *La Guerra Fría cultural...*, p. 56.

¹⁴⁸ Frances Stonor SAUNDERS: *La CIA...*, pp. 73-88.

antinorteamericana en Berlín. Tuvo una brillante intervención en el Congreso de Escritores Alemanes organizado por los soviéticos en Berlín en 1947 denunciando la represión que sufrían los intelectuales en la URSS y en los años siguientes fue reclutado por la CIA¹⁴⁹. Michael Josselson sería el futuro y dirigente y cerebro del CLC. Procedía de Estonia, de una familia judía exiliada tras la revolución bolchevique. En la posguerra fue oficial de Asuntos Culturales del Gobierno de ocupación de Berlín, encargado de Asuntos Públicos en el Departamento de Estado y en el Alto Comisionado de Estados Unidos en dicha ciudad. Asistió a la reunión del Waldorf Astoria en su condición de miembro de la *Office of Policy Coordination* (OPC) de la CIA, dirigida por Frank Wisner. En ella realizó todas las acciones necesarias para garantizar el funcionamiento de la operación con la colaboración de David Dubinsky que financió el sabotaje con fondos de la CIA bajo la tapadera de su sindicato¹⁵⁰.

Otra acción similar se desarrolló con motivo de la celebración en París en abril de 1949 del Día de la Resistencia ante la Dictadura y la Guerra y en la que también la CIA participó en su organización y financiación. Su objetivo era hacer frente al Congreso Mundial por la Paz, organizado por el KOMINFORM y celebrado también en la capital francesa en esas fechas. La iniciativa no surgió de los propios intelectuales franceses sino con la OPC de la CIA quien, a través de Irving Brown, contactó con el diario *Franc-Tireur* para organizar la respuesta¹⁵¹. El director de esta publicación era David Rousset que dirigía, junto a Jean Paul Sartre el *Rassemblement Democratique Révolutionnaire* (RDR), una organización que reunía a los ideales de la izquierda antiestalinista y buscaba una tercera vía para Europa frente a la división en dos grandes bloques. Rousset entró en contacto con Hook para desarrollar una plataforma internacional formada por la izquierda liberal, socialista y revolucionaria, basada en el RDR y financiada con fondos de sindicatos norteamericanos.

En la jornada parisina participaron entre otros Albert Camus, André Breton, Ignazio Silone, James T. Farrell, Bertrand Russell, Pierre Emmanuel y Sidney Hook. Algunos escritores, como Arthur Koestler, Raymond Aron y James T. Farrell, ni siquiera fueron invitados debido a su radicalismo anticomunista. Jean Paul Sartre y Richard Wright declinaron la invitación. La reunión fue un fracaso porque pronto se descubrió la procedencia de su financiación¹⁵². El propio Sartre dimitió del RDR en octubre de 1949 y el mismo Rousset entraría a formar parte

¹⁴⁹ W. Scott LUCAS: "Revealing the parameters of opinion: an interview with Frances Stonor Saunders", en Giles SCOTT-SMITH y Hans KRABBENDAM (eds.): *The cultural Cold War in Western Europe, 1945-1960*, London, Frank Cass, 2003, p. 23.

¹⁵⁰ Frances Stonor SAUNDERS: *La CIA...*, p. 85.

¹⁵¹ Michael WARNER: "Origins of the Congress for Cultural Freedom...".

¹⁵² Olga GLONDYS: *La Guerra Fría cultural...*, p. 58.

de la estructura del CLC. El diario *Franc-Tireur* sobrevivió gracias a la ayuda sindical estadounidense. Todo este proceso nos muestra las divisiones existentes en las filas de los intelectuales franceses en este periodo¹⁵³.

7.2. DESARROLLO, ACTIVIDADES Y ESTRATEGIAS

El CLC surgió a partir de una reunión de intelectuales, en junio de 1950, celebrada en Berlín. La organización y filosofía del mismo se fundamentaban en los encuentros que habían mantenido anteriormente. La idea surgió de Lasky y Josselson, tras el éxito de la reunión del Waldorf Astoria, y el proyecto fue aprobado por el jefe de la OPC Frank Wisner y, a través de Irving Brown, se consiguieron fondos destinados al Plan Marshall¹⁵⁴. Su creación coincidió con el nombramiento de Josselson como jefe de la Sección de Berlín para Acciones Encubiertas de la OPC. Además de este, Lasky y Brown, el comité organizativo lo formaron James Burnham, consejero del gobierno de Estados Unidos, los escritores excomunistas Arthur Koestler e Ignazio Silone y el oficial, durante la Segunda Guerra Mundial, de los servicios culturales estadounidenses Nicolas Nabokov.

Las represalias llevadas a cabo en la URSS contra los intelectuales hicieron que los asuntos relacionados con la libertad de expresión y de pensamiento fueran muy importantes. La inauguración del Congreso contó con la asistencia de más de cien participantes. La procedencia de los mismos era variada pero predominaban los excomunistas, miembros de la resistencia no comunista al nazismo, intelectuales refugiados de los países satélites soviéticos y federalistas europeos. También asistió una representación de exiliados republicanos españoles. El primer objetivo de la asamblea fue la defensa de la libertad frente a cualquier tipo de totalitarismo, personificado, entonces, en el régimen soviético. En los comunicados y conferencias denunció la represión política y la censura de la vida cultural, científica e intelectual. También se debatieron asuntos relacionados con los campos de trabajo y de concentración y se presentaron informes sobre la situación intelectual y política en la URSS y sus países satélites. El objetivo principal era luchar contra el neutralismo político. Arthur Koestler y Manès Sperber redactaron un manifiesto que incidía en los aspectos de la libertad política y la independencia intelectual, la libertad de creación y pensamiento y la necesidad del intercambio libre de ideas y la defensa de los derechos humanos. En la clausura se hizo una declaración condenando el neutralismo, el totalitarismo y la propaganda de la URSS en favor de la paz.

¹⁵³ *Ibid.*

¹⁵⁴ Frances Stonor SAUNDERS: *La CIA...*, pp. 108-109.

Muchos intelectuales de izquierdas europeos tuvieron una recepción negativa de la asamblea reunida en Berlín. También se produjeron críticas entre los izquierdistas liberales norteamericanos. El protagonismo de los excomunistas y de Lasky y Koestler, sobremanera, supuso que Frank Wisner y la CIA no estuvieran satisfechos por la imagen radical de la asamblea y la excesiva presencia de la contrapropaganda¹⁵⁵. Debido a esto, la CIA se vio obligada a redefinir su estrategia para que sus iniciativas tuvieran una mejor acogida entre los intelectuales europeos. A partir de entonces, la base teórica de sus operaciones contra el comunismo buscó promocionar el ideario de la izquierda no comunista¹⁵⁶.

La sede del CLC se trasladó a París y durante los dos años siguientes se determinó la fórmula de la nueva organización mediante debates que muchas veces eran a puerta cerrada. En noviembre de 1950, en Bruselas, se votaron sus estatutos. En su Comité Ejecutivo aparecían, además de personajes más relacionados con la política, como su jefe Denis de Rougemont, prestigiosos intelectuales y además se invitó a más escritores a participar en la presidencia de honor: Bertrand Russell, John Dewey, Karl Jaspers, Jacques Maritain y Salvador de Madariaga entre otros.

En 1951 se nombró un secretariado internacional cuyos cargos directivos fueron ocupados por Nicolas Nabokov, nombrado director de relaciones culturales, y Michael Josselson, secretario general. François Bondy fue nombrado director de la sección de publicaciones. Estos se encargaron, a partir de ese momento, de todas las iniciativas lo que hizo que los comités nacionales, a excepción de los de Francia e Italia, perdiesen importancia¹⁵⁷. En el mes de agosto de 1951 se fijaron sus objetivos más importantes: la confirmación de los valores de la civilización occidental, la defensa de la libertad de la cultura, la lucha contra los totalitarismos y la creación de una organización mundial de intelectuales para colaborar en esa lucha antitotalitaria. Para poder cumplir estos fines se debían desarrollar actos culturales y artísticos, coordinar a los diversos comités nacionales y potenciar los contactos con las élites políticas y los medios de comunicación. A esto se unía la edición de un gran número de publicaciones.

La CIA también sufrió diversos cambios durante estos años. En 1950, su nuevo director, Allen Dulles, nombró como ayudante a Tom Braden. En 1951, por iniciativa de este, se creó una nueva oficina que se encargaría directamente del CLC, la *International Organizations Division*

¹⁵⁵ Olga GLONDYS: *La Guerra Fría cultural...*, p. 63.

¹⁵⁶ Michael WARNER: "Origins of the Congress for Cultural Freedom...".

¹⁵⁷ Olga GLONDYS: *La Guerra Fría cultural...*, p. 65.

(IOD). Este nuevo organismo fue uno de tantos de los que llevarían a cabo operaciones de propaganda estadounidenses.

Todas estas transformaciones afianzaron al CLC. Desde la CIA se estableció que no debería ser un ente de agitación política, sino más bien un centro de debate. Se buscó el intercambio de personas e ideas y la alta cultura para crear una red de influencias que se vinculase con las vanguardias políticas e intelectuales mediante la calidad de sus actividades y publicaciones. No tenía que ser visto como una simple reacción al KOMINFORM¹⁵⁸. Esta moderación y apertura, impuestas como única estrategia válida, provocó la marginación, de algunos de los principales impulsores del movimiento, sobre todo los provenientes del excomunismo como Koestler, Burnham, que fueron apartados de la dirección y Lasky, que tuvo que seguir vinculado pero ya desde la redacción de una de las publicaciones del Congreso, *Der Monat*. Se produjo entonces la convicción de que la moderación de los debates aumentaría la eficacia del mensaje que se pretendía transmitir entre los intelectuales de la izquierda no comunista.

La presión para desarrollar una contraofensiva cultural era grande. Los medios de comunicación criticaban el bajo nivel de gasto, frente a los soviéticos, que los Estados Unidos estaban haciendo. Había que pasar a la acción con iniciativas concretas. Nicolas Nabokov presentó el proyecto de un festival, a organizar en París. Se trataba de impresionar al público francés para contrarrestar los estereotipos negativos, tan arraigados, sobre los estadounidenses. Durante el mes de mayo de 1952 se desarrollaron conciertos, exposiciones de arte contemporáneo y se celebraron numerosos debates literarios. El festival contribuyó a fortalecer la imagen cultural de los Estados Unidos pero su opulencia y grandiosidad fueron contraproducentes ya que reforzaron, entre los intelectuales europeos, las sospechas sobre la procedencia de los fondos que financiaban al CLC¹⁵⁹.

Una de las principales actividades del CLC, para promover sus ideas a escala internacional, fue la edición de diversas publicaciones que sustituyeron a los folletos y boletines editados por los respectivos comités nacionales. En noviembre de 1951 apareció *Preuves*, el órgano francés dirigida por François Bondy y que acompañó a *Der Monat* de Lasky. A partir de 1953, se desarrolló el primer programa de publicaciones del CLC y surgieron otros títulos como *Das Forum* en Austria, la británica *Encounter*, dirigida a partir de 1958 por el propio Lasky, la fundada por Ignazio Silone en Roma *Tempo Presente* y, por último la destinada al programa

¹⁵⁸ *Ibid.*, p. 67.

¹⁵⁹ *Ibid.*, p. 69.

latinoamericano, pero en la que participaron, desde un principio los exiliados españoles, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*.

De todas ellas, destacó la revista *Encounter*, que se publicó desde el año 1953 hasta 1990 y que tuvo un papel determinante en la historia intelectual de la posguerra. En ella publicaron autores tan prestigiosos como Isaiah Berlin, Jorge Luis Borges, Arnold Toynbee y Bertrand Russell. El propio Michael Josselson la calificaba como “nuestro activo más importante”¹⁶⁰. Su creación obedeció a la necesidad que, tanto la inteligencia británica como la CIA, habían detectado de llenar el vacío que padecía el anticomunismo intelectual en Gran Bretaña.

Irving Brown se encargó de la financiación inicial del CLC utilizando fondos de la CIA y usando como tapadera a los sindicatos¹⁶¹. Fue una persona clave para unir la política económica e institucional norteamericana en Europa, los sindicatos estadounidenses, la CIA y los sectores intelectuales y culturales de Europa. Hasta finales de 1951, el dinero era administrado por la CIA de los fondos de contrapartida del Plan Marshall a través del sindicato *Free Trade Union Committee* (FTUC). Posteriormente, a partir de 1952, la financiación del CLC se desarrolló a través de las fundaciones privadas, que gestionaban el dinero de la CIA. La Fundación Fairfield fue la principal tapadera de los fondos encubiertos destinados a la acción cultural. Su presidente era el filántropo Julius Fleischmann, patrono del MOMA o la Ópera de Nueva York. Esto permitió que el CLC se asegurase un flujo constante de fondos.

El hecho de mantener en secreto esta financiación encubierta, ya hemos visto que, permitía independizarse de los sectores gubernamentales más reaccionarios. Los defensores del CLC, opinaban que el origen de los fondos era algo secundario ya que la CIA financiaba la cultura en un país que carecía un ministerio concreto para ello llenando un hueco no existente en su política. Además, permitió un apoyo a los miembros de la izquierda no comunista que hubiera sido imposible de forma oficial. Para ellos, las críticas tenían que ir dirigidas en todo caso a los medios políticos gubernamentales que impedían una acción de promoción cultural similar a la desarrollada por el British Council en el Reino Unido, por ejemplo. Estos argumentos también son objeto de crítica¹⁶². El principal fin de utilizar la financiación encubierta era atraer la colaboración de individuos o grupos que no querían participar en iniciativas oficiales y garantizar el mayor impacto intelectual y político posible. Se pretendía asegurar que esta

¹⁶⁰ Frances Stonor SAUNDERS: *La CIA...*, p. 236.

¹⁶¹ *Ibid.*, p. 130.

¹⁶² Olga GLONDYS: *La Guerra Fría cultural...*, p. 70.

política fuese percibida como independiente y tuviera un mayor apoyo dentro de los grupos intelectuales y sociales izquierdistas.

Junto con las fundaciones tapadera, como la Fairfield, el CLC también recibió financiación de prestigiosas fundaciones norteamericanas que manejaban fondos exclusivamente privados como la Ford, la Rockefeller y la Carnegie por ejemplo. De todas formas, parece que estas entidades también han tenido vínculos financieros con la CIA¹⁶³. Por ejemplo, la Fundación Ford no era independiente de los órganos de poder estadounidenses y sus políticas, generalmente, eran afines a los frentes de la CIA, como fue el propio caso del CLC¹⁶⁴. Muchos de sus cargos estaban vinculados a la propia agencia y veló por la continuidad de las actividades del CLC una vez conocido el escándalo de los fondos de 1967 cuando salieron a la luz las fuentes de financiación del mismo. Es más, esta fundación, por la propia voluntad de sus dirigentes, asumió la totalidad de la financiación del renovado Congreso, convertido, a partir de entonces, en la Asociación Internacional por la Libertad de la Cultura.

Se puede ver como las élites estadounidenses se caracterizaban por su permeabilidad entre los diferentes sectores militares, los servicios de seguridad, las fundaciones privadas y los organismos educativos y académicos. Otro aspecto a destacar, es que su objetivo no era altruista sino que buscaban asegurar y extender el poder de Estados Unidos. Esto no impide que también pudieran haber existido motivaciones sinceras entre algunos individuos que integraban dichas estructuras¹⁶⁵. Tras la decisión de colaborar con el CLC había diversas motivaciones que no se pueden reducir a un plegamiento a los intereses del imperialismo. Para muchos intelectuales colaborar con entidades que promovían la democracia liberal les permitía liberarse del acoso que muchas veces sufrían o para impulsar sus propias convicciones.

7.3. ESCÁNDALO Y RECONVERSIÓN

El dominio por parte de los liberales de la política exterior estadounidense duró hasta finales de los años sesenta. En estos años, la nueva izquierda y el revisionismo, por un lado, y la guerra de Vietnam, por otro, crearon un nuevo contexto político. El CLC no podía cumplir por más tiempo sus tareas hegemónicas. La situación se vino abajo tras la publicación de cinco artículos en *The New York Times* en abril de 1966 que revelaban la financiación encubierta por la CIA de diversas organizaciones. Poco después, en marzo de 1967, a pesar de las presiones de la propia CIA, la revista *Ramparts* sacaba a la luz sus investigaciones que determinaban el

¹⁶³ Frances Stonor SAUNDERS: *La CIA...*, p. 193.

¹⁶⁴ Olga GLONDYS: *La Guerra Fría cultural...*, p. 71.

¹⁶⁵ *Ibid*, p. 73.

establecimiento de vínculos definitivos entre el presupuesto de la Agencia y numerosos organismos privados entre los que se encontraba el CLC. Los detalles sobre la financiación de estos organismos presuntamente independientes siguieron apareciendo en numerosos periódicos y revistas de todo el mundo.

Tras el escándalo, el 13 de mayo de 1967, se celebró una Asamblea General del CLC que provocó la destitución de Josselson y la conversión del organismo en la Asociación Internacional por la Libertad de la Cultura, ahora bajo la financiación exclusiva de la Fundación Ford. El mismo Michael Josselson, en un comunicado, reivindicó su independencia personal con respecto a la CIA y su actuación de acuerdo con su libre conciencia para conseguir una financiación independiente para el Congreso¹⁶⁶. La necesidad de mantener oculto a los intelectuales el origen de los fondos fue algo difícil de llevar para él.

Además de las revelaciones aparecidas en los medios, el golpe final se lo produjeron sus propios cuadros. Los encargados de las diversas organizaciones habían negado y justificado su ignorancia sobre la involucración de la CIA en sus organismos. Todas estas excusas se fueron al garete tras la publicación en la prensa de un artículo del agente Tom Braden. En él daba abundante información sobre las operaciones encubiertas juzgándolas como necesarias en el contexto de la Guerra Fría. Parece que estas revelaciones se hicieron de forma intencionada debido a los intereses de elementos de la CIA que nunca habían compartido la estrategia de la izquierda no comunista como filosofía de funcionamiento de la Agencia.¹⁶⁷ El artículo de Braden tuvo no solo consecuencias negativas para el área más liberal de la CIA, sino también en países con regímenes dictatoriales que aprovecharon para desacreditar o represaliar a los opositores que habían colaborado con el CLC. Hay que destacar que la figura de Josselson se convirtió en el chivo expiatorio de la situación, por parte de muchos otros cargos del CLC, y sufrió la ingratitud de muchos intelectuales¹⁶⁸.

La CIA proporcionó financiación y asistencia encubierta a numerosos organismos de toda índole. El escándalo desatado por el descubrimiento de la implicación de la CIA en actividades culturales implicó a todo el mundo de la filantropía estadounidense¹⁶⁹. De todos ellos, el CLC, la principal organización fachada en el campo de la cultura para promover sus objetivos políticos, intelectuales y artísticos contrarios a la ideología y la cultura soviética, fue el que más

¹⁶⁶ Frances Stonor SAUNDERS: *La CIA...*, p. 340.

¹⁶⁷ *Ibid*, cap. 25.

¹⁶⁸ Olga GLONDYS: *La Guerra Fría cultural...*, p. 269.

¹⁶⁹ Francisco Javier RODRÍGUEZ JIMÉNEZ: "Controversias de la Guerra Fría cultural...", p. 98.

éxito tuvo y el que más les mereció la pena¹⁷⁰. Los rumores sobre la financiación del CLC por el gobierno ya circulaban, desde principios de los años 50, en los ambientes intelectuales y políticos europeos. Parecía que el hecho de que la CIA sostuviera iniciativas y organismos de carácter privado en los primeros años de la Guerra Fría, no era ni desconocido, ni polémico¹⁷¹. Muchos consideraban que era necesario responder a la ofensiva propagandística soviética y no tenían escrúpulos en buscar financiación oficial para luchar contra el estalinismo.

7.4. INTERPRETACIONES Y REPERCUSIONES

Hay que interpretar el CLC como un fenómeno de doble naturaleza: de un lado, un organismo para implantar la ideología afín a los intereses estadounidenses durante la Guerra Fría y, por otro, una empresa a la que muchos intelectuales aportaron su trabajo libremente. Esta doble interpretación es necesaria porque muchos conocían o podían imaginarse el origen de los fondos pero otros quizás no lo sabían de forma clara o no tenían seguridad alguna sobre ello al respecto¹⁷². Si se hubiera limitado a una operación opaca de propaganda norteamericana nunca hubiera llegado a adquirir las dimensiones que tuvo y a ejercer el gran impacto que supuso en la vida ideológica e intelectual de la época¹⁷³. Es destacable que, en el terreno de las ideas, el Congreso contribuyó decisivamente a algunos de los debates de la posguerra: la discusión sobre el totalitarismo y la libertad individual; la lucha contra las dictaduras y a favor de las libertades y de los derechos humanos; la defensa de la libertad cultural, intelectual y artística; las reflexiones sobre la actitud ética y política del intelectual y el impulso dado a muchas transiciones democráticas en Europa, entre otros aspectos.

Los intelectuales lo consideraban como una plataforma para desarrollar sus proyectos particulares de origen individual y no oficial, siendo conscientes de su implicación en la lucha de la Guerra Fría para realizar sus agendas personales con el apoyo de las instituciones promovidas por los norteamericanos¹⁷⁴. Sus ideales, que ya habían estado presentes, en la cultura y la militancia política antes de la Guerra Fría como el antiestalinismo de las izquierdas, se acoplaron con los del CLC¹⁷⁵. La gran mayoría de ellos no necesitaban que les pagasen para hacer profesión de fe anticomunista¹⁷⁶. Esto supone que las motivaciones de muchos

¹⁷⁰ Frances Stonor SAUNDERS: *La CIA...*, p. 135.

¹⁷¹ *Ibid.*, p. 549.

¹⁷² Olga GLONDYS: *La Guerra Fría cultural...*, p. 286.

¹⁷³ *Ibid.*

¹⁷⁴ Hugh WILFORD: *The CIA, the British Left and the Cold War...*

¹⁷⁵ *Ibid.*, pp. 81 y ss.

¹⁷⁶ Marta RUIZ GALVETE: "Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura: anticomunismo y Guerra Fría en América Latina", *El Argonauta español*, 3 (2006).

intelectuales podían deberse a un compromiso sincero con sus valores éticos o ideológicos. El dinero norteamericano no podía, él solo, consolidar el CLC por mucho tiempo y era necesario el compromiso personal de los principales intelectuales¹⁷⁷. Por tanto, no se puede considerar su participación como un indicio de oportunismo o falta de independencia intelectual¹⁷⁸. Además, la relación era en ambas direcciones y la CIA también se nutría de sus ideas para establecer los programas ideológicos que luego ponía en marcha¹⁷⁹. También ellos utilizaron la pertenencia al organismo para su promoción económica y profesional ganando sus ideas una mayor difusión.

Después del escándalo, muchos intelectuales afirmaron que, dentro del CLC, pudieron siempre ejercer su libertad de opinión y crítica. Insistieron que expresaron sus ideas y su independencia intelectual no se vio mermada en ningún caso. La mayoría colaboraba porque apoyaban las ideas norteamericanas en la Guerra Fría y porque gracias a él podían llevar a cabo sus proyectos personales. Sin embargo, algunos estudiosos atacan a los que colaboraron debido al origen de los fondos del CLC. El ser consciente de la procedencia de los fondos y beneficiarse de ello es condenable ya que es incompatible con la independencia intelectual puesto que esta independencia hay que confirmarla en el contexto general y muchos fueron oportunistas que aprovecharon el dinero gubernamental, lo negaron y aceptaron un control afirmando que este era inexistente¹⁸⁰.

Esta idea se confirma en el hecho de que el patronazgo del CLC les dio la oportunidad de expresarse más a menudo, lo que contribuyó a modificar los parámetros de las controversias intelectuales. Además, para distorsionar no solo se puede usar la censura directa sino que también se puede hacer mediante omisiones de las ideas presentadas¹⁸¹. De todas formas, hay que tener en cuenta el contexto general de la Guerra Fría en el sentido de que la labor del CLC, por un lado, benefició a la cultura universal ya que contrarrestó la persecución cultural y política ejercida por la URSS, pero, por otro, desencadenó también su propia ofensiva ideológica manipulando la cultura en beneficio de sus ideales políticos.

El CLC construyó una estructura propia encubierta a través de la cual realizó numerosos proyectos culturales basados en entes independientes. En el caso editorial el mecanismo consistía en publicar los libros que interesaban en determinadas editoriales para después

¹⁷⁷ *Ibid.*, pp. 160-162.

¹⁷⁸ Olga GLONDYS: *La Guerra Fría cultural...*, p. 291.

¹⁷⁹ Frances Stonor SAUNDERS: *La CIA...*, p. 97.

¹⁸⁰ W. Scott LUCAS: "Revealing the parameters of opinion...", pp. 15-40.

¹⁸¹ Olga GLONDYS: *La Guerra Fría cultural...*, p. 298.

comprar gran parte de la tirada y apoyar sus lanzamientos mediante escritores y periodistas que colaboraban con el Congreso. En el caso de las publicaciones periódicas, la ayuda se concretaba mediante la compra de suscripciones o el encargo de números especiales. De esta manera, se pudieron fomentar, de forma artificial, ciertos debates en beneficio de las cuestiones que interesaban.

El propio Michael Josselson fue el garante de la existencia de cierta libertad de intercambio de ideas y de debate en la relación entre el CLC y la CIA e intentó mantener las publicaciones libres de la influencia de la Agencia¹⁸². Dentro de la misma había una serie de agentes seguidores del progresismo y la alta cultura, además de Josselson, lo que hizo que incluso estuvieran en el punto de mira del macartismo¹⁸³. De todas formas, este izquierdismo liberal era algo pragmático pues solo las políticas de izquierdistas podían influir en los intelectuales progresistas. Incluso Josselson se mantuvo en su cargo gracias a la aportación de su trabajo a la CIA¹⁸⁴.

La pirámide de control del organismo buscaba mantener el CLC a salvo de contenidos o colaboradores no deseados. Por encima de los intelectuales estaban los jefes de los comités locales y los directores de las revistas. Más arriba se encontraba el Secretariado Internacional, dirigido por el propio Josselson y en lo más alto la central de Washington. Todo ello garantizaba, sin muchos conflictos, el control de los contenidos, textos y colaboradores. Antes de establecer cualquier relación se seleccionaban los mismos. Las redacciones de las revistas editadas tenían la obligación de conseguir autorización, de la central de París, para la publicación de los artículos que podían admitir dudas¹⁸⁵. Los dirigentes del Congreso, ante cualquier incertidumbre, no dudaban en destituir cargos, bloquear artículos o incluso cambiar el sentido de los escritos mediante traducciones. Josselson, en persona, era coordinador de las publicaciones y de sus presupuestos. Este hecho provocó alguna tensión e incluso dimisiones como la de Irving Kristol, editor de *Encounter*, cesado por su excesiva autonomía frente a París¹⁸⁶. Sus métodos no eran muy diferentes a los usados por los soviéticos.

Esta selección de personas y la propia estructura pudo facilitar que algunos intelectuales ligados al CLC no recibieran presiones. Pero este hecho no demuestra que se respetara la libertad intelectual en general, sino que se permitió a los colaboradores actuar libremente en la medida

¹⁸² Frances Stonor SAUNDERS: *La CIA...*, p. 159.

¹⁸³ *Ibid*, pp. 296-297.

¹⁸⁴ Olga GLONDYS: *La Guerra Fría cultural...*, p. 331.

¹⁸⁵ Frances Stonor SAUNDERS: *La CIA...*, p. 452.

¹⁸⁶ *Ibid*, p. 450.

que no entrasen en conflicto con sus propios objetivos en el contexto cambiante resultante de los diferentes pasos dados por los soviéticos. “Los intelectuales debían ser respetados en su independencia para garantizar la mayor apariencia posible de independencia”¹⁸⁷. Incluso, cierta dejadez en el control formaba parte de la propia operación¹⁸⁸. No obstante, el control pasaba a un segundo plano para ganar la confianza e influir más en determinados grupos que muchas veces se veían implicados involuntariamente.

También hubo casos de censura e intervención directa. Se subvencionaba a los colaboradores cuya postura era útil en un momento concreto¹⁸⁹. El contexto político cambiante de la época provocaba que muchas veces el trabajo de determinados intelectuales dejase de ser válido y se impusiera un pragmatismo carente de todo sentimentalismo¹⁹⁰. Vemos como la historia del CLC muestra cierta hipocresía al anunciarse como independiente pero, a la vez, estar controlado y financiado por la CIA. Al tiempo que realizaron una labor defensiva contra la propaganda comunista, los dirigentes del CLC aprovecharon para llevar a cabo su propia ofensiva ideológica y, con la excusa de la defensa de la cultura, intentaron hacerlo de acuerdo con sus intereses.

Se puede concluir entonces, que la base ideológica del CLC, la propia libertad de la cultura no se reflejó siempre en sus actividades, ya que tanto la CIA como la jefatura del Congreso pretendían influir y controlar a los intelectuales. En lugar de liberalismo habría que hablar más bien de liberalismo instrumental¹⁹¹ supeditado siempre a los intereses ideológicos estadounidenses en la Guerra Fría cultural. Además, hay que destacar que muchos intelectuales que colaboraron con el CLC se movieron por sus propios intereses y valores. Se producía así una relación mutua de dependencia, caracterizada por influencias y manipulaciones que muchas veces era beneficiosa para ambas partes¹⁹². De todas formas, las difíciles condiciones políticas e intelectuales de la posguerra pueden justificar, en muchos casos, las autolimitaciones y cesiones por parte de algunos colaboradores¹⁹³. Muchos de ellos no tuvieron más remedio que aceptar estas reglas impuestas para poder desarrollar sus actividades al tratarse de víctimas de la represión, la censura y el exilio en sus propios países.

¹⁸⁷ Giles SCOTT-SMITH: *The politics of apolitical culture*, London, Routledge, 2002, p. 98.

¹⁸⁸ Olga GLONDYS: *La Guerra Fría cultural...*, p. 303.

¹⁸⁹ Frances Stonor SAUNDERS: *La CIA...*, p. 29.

¹⁹⁰ Olga GLONDYS: *La Guerra Fría cultural...*, p. 304.

¹⁹¹ Giles SCOTT-SMITH: *The politics of apolitical culture...*, pp. 79-80.

¹⁹² Olga GLONDYS: *La Guerra Fría cultural...*, p. 317.

¹⁹³ W. Scott LUCAS: “Revealing the parameters of opinion...”, p. 25.

En el campo cultural, a pesar de su condición de organización fachada de la CIA, no hay que desdeñar la importancia que tuvo dentro de la historia intelectual del siglo XX. El problema radica en que, debido a sus condiciones ocultas, es difícil desentrañar la complejidad de los mecanismos políticos e intelectuales del siglo XX e identificar los discursos ideológicos propuestos desde el poder. Este hecho no nos permite ver con claridad hasta qué punto los contenidos ideológicos, culturales y políticos promovidos obedecieron a decisiones libres de sus colaboradores o fueron prefabricados e implantados por los estrategas de la Guerra Fría. La distorsión de las ideas quedó integrada en un proyecto hegemónico supervisado por el Estado¹⁹⁴.

8. RESULTADOS

Para Jessica C. E. Gienow-Hecht¹⁹⁵, los Estados Unidos fracasaron a la hora de lograr sus propósitos. Teniendo en cuenta la naturaleza de la Guerra Fría cultural y el carácter inconstante de sus mensajes y sus mensajeros, no ganaron el conflicto. El proyecto del país norteamericano en el contexto de la Guerra Fría no se limitaba a poner freno al comunismo sino también intentar limitar un arraigado antiamericanismo que se mostraba latente en todo el mundo y especialmente en Europa.

Los países europeos se vieron atrapados en medio del conflicto ideológico. En el Este primaban las dictaduras pero que, a pesar de todo, tenían una alta estima hacia la alta cultura. Hacia el Oeste, había sociedades libres pero que cada vez estaban más preocupadas por la modernidad y la cultura de masas. Esta cultura popular se convirtió en la mercancía que mejor exportaron los Estados Unidos impulsado por el enorme desarrollo de los medios de comunicación. Nada de esto acabó con el elemento central de la Guerra Fría¹⁹⁶. Los ciudadanos de Europa Occidental utilizaron los propios productos americanos para atacar a los Estados Unidos y, en la zona oriental, la cultura popular relacionada con el capitalismo se adoptó como una forma protesta silenciosa.

Como ya se ha destacado, los estadounidenses estaban convencidos de que la batalla cultural era doble: una contra la influencia del comunismo, y otro frente a una imagen, profundamente enraizada, negativa de la civilización americana. El antiamericanismo europeo se remontaba a la época de la propia independencia de los Estados Unidos y siempre estuvo unido a su contrario, el filoamericanismo. Los liberales europeos tuvieron una visión utópica de América,

¹⁹⁴ Olga GLONDYS: *La Guerra Fría cultural...*, p. 327.

¹⁹⁵ Jessica C. E. GIENOW-HECHT: "¡No, no somos así!...", p. 80.

¹⁹⁶ *Ibid.*, p. 81.

pero esta se disipó tras el ascenso del capitalismo y la modernidad. Surge así un antiamericanismo que se manifestó de forma diferente según los lugares y las épocas¹⁹⁷. Los encargados de estas políticas quizás no interpretaron correctamente este rechazo sobre el que iban a tener que trabajar¹⁹⁸. No se dieron cuenta que los europeos veían en América aspectos de la modernización que les causaban temor como podían ser el individualismo, el materialismo y la pérdida de su propia identidad cultural. En este sentido, los Estados Unidos no ganaron esta batalla de la Guerra Fría frente a un antiamericanismo intrínseco e inmutable¹⁹⁹.

Los Estados Unidos solo fueron un imperio occidental más que exportó sus valores, ideales y modos de vida. Aparte de los objetivos que tuvieran, sus programas resultaron incontrolables y erráticos porque, desde un principio, dependían de ejecutores que tenían sus propias prioridades y eran impredecibles²⁰⁰. Aunque pudiera haber éxito en sus objetivos de transmitir una determinada cultura no consiguieron acabar con las corrientes de antiamericanismo existentes. Muchas veces tendieron a despreciar a otras sociedades haciéndolas a asumir directamente los valores estadounidenses.

8.1. RESULTADOS DE LOS PROGRAMAS DE INTERCAMBIO

Por lo que respecta a los programas de intercambio, los resultados suelen ser bien valorados en lo relacionado a su eficacia. Los participantes regresaban con un sentimiento de apego y mayor aprecio por los Estados Unidos lo que provocó una atracción a las nuevas élites extranjeras facilitando las relaciones entre continentes²⁰¹. De todas formas, la consideración de la eficacia de estos programas también plantea una serie de dificultades debido, principalmente, a la falta de evidencias documentales²⁰². Existen los propios informes de evaluación que hacía la administración pero estos se basaban en indicios e impresiones personales. Los datos cuantitativos que se pudiesen reunir no eran suficientes cuando los beneficios eran difíciles de calcular. Solo a finales de los años 50 se comenzaron a elaborar encuestas a los beneficiarios, aunque parciales y limitadas, que ofrecieron resultados más cuantificados y objetivos.

Las evaluaciones de la propia administración no eran muy creíbles y, la mayoría de las veces, se limitaban a consignar como logros alcanzados los objetivos iniciales de forma literal²⁰³. No

¹⁹⁷ Jessica C. E. GIENOW-HECHT: "Always blame the americans: anti-americanism in Europe in the twentieth century", *The American Historical Review*, 111(4) (2006), pp. 1067-1091.

¹⁹⁸ Jessica C. E. GIENOW-HECHT: "¡No, no somos así!...", p. 82.

¹⁹⁹ *Ibid.*

²⁰⁰ *Ibid.*

²⁰¹ Giles SCOTT-SMITH: "Las élites de Europa Occidental...", p. 154.

²⁰² Antonio NIÑO RODRÍGUEZ y José Antonio MONTERO JIMÉNEZ: "Introducción", p. 41.

²⁰³ *Ibid.*

había informes que hablasen de resultados negativos o despilfarro del gasto²⁰⁴. Vemos, por tanto, como se producía una carencia de espíritu crítico.

Lo difuso de los objetivos que se buscaban también dificultaba toda la labor de valoración. La influencia y el prestigio que se perseguían no son evaluables de forma precisa. Hay que utilizar otros indicios como, por ejemplo, el de la trayectoria posterior de los beneficiarios. El acierto de su elección se puede ver en la relevancia de los puestos desempeñados más adelante y la colaboración que ofrecieron con los objetivos de la política exterior norteamericana.

De todas formas, esta evaluación no debe basarse solo en los objetivos buscados²⁰⁵. Su propia existencia permitió el flujo de personas, conocimientos e ideologías, lo que creó unas condiciones que permitieron la aparición de consecuencias no intencionadas o imprevistas. Su propio diseño facilitaba solo la circulación en una sola dirección ya que estaba pensado para difundir la cultura y los valores estadounidenses pero también, es cierto, que favoreció el intercambio de contenidos y experiencias a una escala nunca antes desarrollada. En cierto modo, actuó como un “cemento psicológico” de primera clase²⁰⁶.

8.2. RESULTADOS DE LAS ACTIVIDADES DE DIPLOMACIA PÚBLICA

El análisis de los resultados de las actividades propagandísticas norteamericanas en su conjunto es incluso más complicado. La efectividad del mensaje dependería, no de su calidad, sino de sus posibilidades de influir en la opinión si encontraba un terreno abonado a las expectativas, los deseos o los prejuicios de los destinatarios²⁰⁷. La experiencia de la Segunda Guerra Mundial mostraba que más que producir un cambio de actitud, tendía a consolidar las opiniones previamente existentes²⁰⁸. Se aceptaba mejor un mensaje que reforzara o coincidiera con sus creencias o deseos. En este sentido, frenar la expansión soviética era algo en lo que estaba de acuerdo la mayoría de la población de Europa Occidental.

Por tanto, es fundamental tener en cuenta las condiciones de recepción en las que tuvieron una gran importancia, tanto en el campo social como en el cultural, las tradiciones históricas nacionales. Así, el mensaje anticomunista en Europa podía interpretarse como un afianzamiento del compromiso estadounidense con la seguridad de sus naciones pero en América Latina, por ejemplo, podía verse como una injerencia externa en cualquier intento de cambio, no

²⁰⁴ Richard T. ARNDT: “Reflexiones de un tiempo pasado...”, p. 397.

²⁰⁵ Antonio NIÑO RODRÍGUEZ y José Antonio MONTERO JIMÉNEZ: “Introducción”, p. 42.

²⁰⁶ Giles SCOTT-SMITH: “Las élites de Europa Occidental...”, p. 154.

²⁰⁷ Antonio NIÑO RODRÍGUEZ y José Antonio MONTERO JIMÉNEZ: “Introducción”, pp. 42-43.

²⁰⁸ Giles SCOTT-SMITH: “Las élites de Europa Occidental...”, p. 136.

necesariamente revolucionario, en el orden social existente. Los receptores de los mensajes, independientemente de las intenciones de los emisores, se verán influidos por sus condiciones concretas.

Era necesario, por consiguiente, preguntarse qué grupos sociales eran los más receptivos y que beneficios subjetivos buscaban. Los diversos estrategias políticos, intelectuales, gestores culturales, artistas, profesionales de los medios, etc., cada uno de ellos buscaba sus propios intereses y contribuía a difundir los mensajes que coincidieran con sus propias opiniones lo que se tradujo en una colaboración espontánea que facilitó el impacto que tuvo en las sociedades receptoras.

Por lo que respecta a la “ofensiva cultural”, la recepción de los productos extranjeros en una tradición nacional diferente puede producir resultados inesperados ya que es posible que se le atribuya un sentido bastante diferente al que tenía originalmente. Un caso de este tipo se manifestó en la difusión de las tiras cómicas, un producto típicamente norteamericano, que en Francia, publicadas en revistas juveniles y no en la prensa general, como sucedía en los Estados Unidos, fueron vistas como de un alcance moral limitado y un escaso valor educativo. Los partidos políticos franceses intentaron limitar el espacio que estos cómics americanos deberían ocupar en las publicaciones destinadas a la juventud, pero este hecho podía chocar con el concepto de libertad de prensa de la opinión pública norteamericana y crear conflictos²⁰⁹.

Los encargados de la difusión cultural debían adaptar el mensaje a las condiciones locales y las expectativas del público para manejar esas variables en beneficio propio. Esto constituía un importante reto ya que era necesario un amplio conocimiento de las realidades locales. De todas formas, sus observaciones muchas veces fueron ignoradas por sus superiores y, a veces, estas circunstancias eran utilizadas para justificar errores y fracasos en esta tarea.

Otro aspecto a destacar es la necesidad de que los mensajes difundidos debían ser coherentes con el comportamiento real estadounidense. Si estuvieran en contradicción con su política exterior, sus posibilidades de influir de una forma positiva en la opinión extranjera quedarían muy comprometidas. La experiencia real se acabaría imponiendo sobre las ideas que se pretendían difundir. La noción de los Estados Unidos como una potencia en favor de la paz internacional contrastaba con su política de rearme y las intervenciones militares en Corea y

²⁰⁹ Antonio NIÑO RODRÍGUEZ y José Antonio MONTERO JIMÉNEZ: “Introducción”, pp. 44-45.

Vietnam, por ejemplo. Este hecho hacía que, en muchas partes de Europa, se considerara que los norteamericanos eran más una amenaza que una garantía para su seguridad.

Además, las ideas, tan difundidas, sobre la libertad de información y la libre circulación de personas entraban en contradicción con algunas iniciativas legislativas que, por ejemplo, limitaban la entrada en el país de elementos considerados subversivos. Esto afectaba a muchos profesores universitarios extranjeros que habían viajado con anterioridad a la URSS o que habían publicado en alguna revista tratada de izquierdista. Las protestas de muchos gobiernos europeos hicieron posible una suavización de estas medidas a partir de 1951 cuando se dio mayor libertad a los cónsules para conceder los visados. También había normas que impedían importar publicaciones tildadas de comunistas que se manifestaban en el secuestro de las mismas, sin previo aviso, incluso cuándo eran dirigidas a bibliotecas públicas. La intervención directa del senador McCarthy hizo que se quemasen incluso libros recordando las prácticas culturales nazis. Estas regulaciones no se abolieron hasta los años 60 y supusieron una controversia entre los medios políticos y de opinión estadounidenses y tuvieron una amplia repercusión negativa en el continente europeo.

8.3. EVALUACIÓN FINAL

Vemos como una evaluación final es complicada por diversos motivos. Algunos autores hacen un balance negativo debido a la pervivencia de los estereotipos sobre la cultura norteamericana y la resistencia, por parte de los europeos, a mejorar su opinión sobre la civilización americana²¹⁰. Otros en cambio si creen que hubo aspectos a destacar en el esfuerzo de diplomacia pública a pesar de la pervivencia de los sentimientos antiamericanos²¹¹. De todas formas, hay que destacar que las acciones de la Guerra Fría cultural no estaban destinadas únicamente a apoyar las acciones diplomáticas del gobierno y contrarrestar a la propaganda comunista. También pretendían alcanzar la hegemonía cultural para que su liderazgo mundial se legitimara con una admiración hacia sus realizaciones culturales y que sus valores y forma de vida fuesen apreciados. En este sentido, aunque no consiguió que la americanización provocase reacciones en contra, también hizo posible el éxito y la expansión de la cultura norteamericana²¹². La administración favoreció este proceso, aunque no lo controlase totalmente, pero lo utilizó claramente en beneficio de su política exterior.

²¹⁰ Jessica C. E. GIENOW-HECHT: "¡No, no somos así!...", pp. 82-84.

²¹¹ Nicholas J. CULL: "Ganando amigos...", p. 122.

²¹² Antonio NIÑO RODRÍGUEZ y José Antonio MONTERO JIMÉNEZ: "Introducción", p. 47.

9. CONCLUSIONES

La Guerra Fría fue no solo un enfrentamiento político y militar entre las dos superpotencias, sino también una batalla ideológica. El mundo intelectual se dividió en el mismo plano que la división política. En los primeros años de este periodo se produjo una fuerte reafirmación nacional en los Estados Unidos. El prestigio adquirido debido a su victoria en la Segunda Guerra Mundial, junto con una fase de crecimiento económico, reforzó al país norteamericano en su afán de plantar cara en el frente ideológico y propagandístico a la Unión Soviética. Las administraciones de los presidentes Truman y Eisenhower propusieron una alternativa al bloque comunista basada en una organización política y económica desarrollada y un modelo idealizado de sociedad. La mayor parte de los mensajes empleados por la diplomacia pública estadounidense en este periodo eran acordes a la realidad de la Europa democrática occidental: libertad política y sindical, un importante peso electoral de los partidos de clases y un alto crecimiento económico y una movilidad social sin precedentes²¹³.

Todos los imperios occidentales tienen una larga historia de exportación agresiva de sus ideas, sus valores y sus modos de vida. Los Estados Unidos son solo uno más de ellos y ni siquiera fueron los más eficaces, ya que sus programas fueron incontrolables, erráticos y, muchas veces, dependientes de actores que eran impredecibles y que tenían sus propias prioridades²¹⁴. La administración norteamericana pudo frenar al comunismo y ganarse a las sociedades europeas, pero no pudo con muchos sentimientos de antiamericanismo que siguieron perdurando. Quizás debido a la propia concepción estadounidense de su sociedad como la mejor del mundo, llegando a despreciar al resto²¹⁵.

La Guerra Fría proporcionó la excusa necesaria para que los Estados Unidos se erigieran como la nación líder del bloque occidental. El desarrollo de la diplomacia pública en este periodo fue imparable y pudo resistir incluso escándalos como el descubrimiento de la vinculación entre la CIA y el Congreso por la Libertad de la Cultura y las críticas desarrolladas por muchos intelectuales de izquierdas. El aparato creado en este periodo se mantuvo vigente incluso después del desmembramiento de la URSS, por ejemplo, la USIA pervivió hasta 1999. Los acontecimientos internacionales de los últimos años con el surgimiento del radicalismo islámico

²¹³ Pablo LEÓN AGUINAGA: "Faith in the USA: el mensaje de la diplomacia pública americana en España (1948-1960)", en José Antonio MONTERO JIMÉNEZ y Antonio NIÑO RODRÍGUEZ (eds.): *Guerra Fría y propaganda: Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, p. 232.

²¹⁴ Jessica C. E. GIENOW-HECHT: "¡No, no somos así!...", pp. 82.

²¹⁵ *Ibid.*, pp. 82-83.

y la actitud desafiante de Rusia han potenciado las reclamaciones sobre un reforzamiento, de nuevo, del papel como líder de la globalización del país norteamericano.

La acción encubierta permitió a los Estados Unidos la injerencia en la política y la cultura de los países que eran su objetivo. La opinión pública no fue informada de esas actividades y es difícil identificar los propios discursos ideológicos propuestos desde el poder. Es complicado saber si los contenidos culturales, políticos e ideológicos promovidos obedecieron a decisiones libres de los militantes o intelectuales o fueron impuestos por los diferentes estrategas. Las distintas organizaciones fachada tuvieron conexiones entre sí por medio de redes, formadas por sindicatos, fundaciones y organizaciones culturales que se retroalimentaban de ideas similares y que daban a entender una ficticia pluralidad.

El diseño de estas políticas también sufrió diversos avatares ideológicos. Hubo una alternancia entre el idealismo y el realismo sufriendo, el primero, un cierto declive durante los años 70 y 80. Tras la caída del muro de Berlín, la ideología parece que ha vuelto a triunfar pero ahora se hace más hincapié en la diversidad cultural del mundo contemporáneo. Este último aspecto tendrá que ser tenido muy en cuenta en futuros desarrollos de la diplomacia pública. Hay que destacar también que es posible que se haya producido un triunfo de las teorías conservadoras y este neoconservadurismo está intentando rellenar el hueco dejado por el consenso liberal de la Guerra Fría²¹⁶.

En definitiva, durante la Guerra Fría, la distorsión de las ideas quedó integrada en un proyecto hegemónico supervisado por el Estado. En opinión de Giles Scott-Smith, se tenía la creencia de que la manipulación de las ideas y las opiniones era un aspecto vital para el mantenimiento del orden en la sociedad capitalista democrática²¹⁷. El resultado final fue una necesaria expansión de las tareas del Estado destinadas a mantener el nivel de consenso social. De esta estructura preeminente, que perdura desde entonces, surgió la forma de organización moderna de los estados, en los que la concurrencia entre los diversos intereses privados y públicos se ocupa de conseguir que el sistema mantenga su estabilidad.

BIBLIOGRAFÍA

ARNDT, Richard T.: “Reflexiones de un tiempo pasado: propaganda y cultura”, en José Antonio MONTERO JIMÉNEZ y Antonio NIÑO RODRÍGUEZ (eds.): *Guerra Fría y*

²¹⁶ Olga GLONDYS: *La Guerra Fría cultural...*, p. 328.

²¹⁷ Giles SCOTT-SMITH: *The politics of apolitical culture...*, p. 65.

propaganda: Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, pp. 381-408.

BOZZA, Juan Alberto: “Ciencias sociales y Guerra Fría: del anticomunismo a la contrainsurgencia”, en *VII Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata: Argentina en el escenario latinoamericano actual: debates desde las ciencias sociales* [en línea], 2012 [consulta: 1 septiembre 2016]. Disponible en: <http://jornadassociologia.fahce.unlp.edu.ar/actas/Bozza.pdf>

BOZZA, Juan Alberto: “Un emisario sospechoso: contradicciones del anticomunismo en América Latina en la década de 1950”, *Oficios Terrestres* [en línea], 27 (2011) [consulta: 1 septiembre 2016]. Disponible en: <http://bit.ly/29l22ts>

CALANDRA, Benedetta: “La Ford Foundation y la Guerra Fría cultural en América Latina (1959-1973)”, *Americanía: revista de estudios latinoamericanos de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla* [en línea], 1 (2011), pp. 8-25 [consulta: 1 septiembre 2016]. Disponible en: <http://bit.ly/29pLg8S>

CARRIEDO CASTRO, Pablo: “Guerra fría y cultura: un panorama sobre la libertad y el compromiso del escritor en la mitad del siglo XX”, *Nómadas: revista crítica de ciencias sociales y jurídicas* [en línea], 12 (2005) [consulta: 1 septiembre 2016]. Disponible en: <http://revistas.ucm.es/index.php/NOMA/article/view/NOMA0505220167A/26746>

CAUTE, David: *The dancer defects: the struggle for cultural supremacy during the Cold War*, Oxford, Oxford University Press, 2005.

CRESPO JUSDADO, Alejandro: *El cine y la industria de Hollywood durante la Guerra Fría, 1946-1969*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2009.

CULL, Nicholas J.: *The Cold War and the United States Information Agency: American propaganda and public diplomacy, 1945-1989*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.

CULL, Nicholas J.: “Ganando amigos: la diplomacia pública estadounidenses en Europa Occidental (1945-1960)”, en José Antonio MONTERO JIMÉNEZ y Antonio NIÑO RODRÍGUEZ (eds.): *Guerra Fría y propaganda: Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, pp. 85-122.

DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, Lorenzo y LEÓN AGUINAGA, Pablo: “Americanización de Europa, Guerra Fría y estudios históricos: jalones de una trayectoria: introducción”, *Historia del presente*, 17 (2001), pp. 5-11.

DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, Lorenzo: “Objetivo atraer a las élites: los líderes de la vida pública y la política exterior norteamericana en España”, en José Antonio MONTERO JIMÉNEZ y Antonio NIÑO RODRÍGUEZ (eds.): *Guerra Fría y propaganda: Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, pp. 237-276.

GIENOW-HECHT, Jessica C. E.: “Always blame the americans: anti-americanism in Europe in the twentieth century”, *The American Historical Review*, 111(4) (2006), pp. 1067-1091.

GIENOW-HECHT, Jessica C. E.: “¡No, no somos así!, el despliegue de la cultura americana en Europa durante la Guerra Fría”, en José Antonio MONTERO JIMÉNEZ y Antonio NIÑO RODRÍGUEZ (eds.): *Guerra Fría y propaganda: Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, pp. 49-84.

GIENOW-HECHT, Jessica C. E.: “Shame on U.S.?: academics, cultural transfer, and the Cold War: a critical review”, *Diplomatic History* [en línea], 24(3) (2000), pp. 465-494 [consulta: 1 septiembre 2016]. Disponible en: doi: 10.1111/0145-2096.00227

GLONDYS, Olga: *La Guerra Fría cultural y el exilio republicano español: Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura (1953-1965)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2012.

GOLSAN, Richard J.: “From french anti-americanism and americanization to the american enemy?”, en Alexander STEPHAN (ed.): *The americanization of Europe: culture, diplomacy, and anti-americanism after 1945* [en línea], New York, Berghahn Books, 2006, pp. 44-68 [consulta: 1 septiembre 2016]. Disponible en: <http://bit.ly/1P7UiSI>

GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, María Jesús: *Raymond Carr: la curiosidad del zorro: una biografía*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2010.

IGLESIAS IGLESIAS, Iván: “El arma secreta de América: el jazz como propaganda estadounidense en la España de la Guerra Fría (1950-1960)” en Ángeles BARRIO ALONSO, Jorge de HOYOS PUENTE y Rebeca SAAVEDRA ARIAS (eds.): *Nuevos horizontes del*

pasado: culturas políticas, identidades y formas de representación, Santander, Universidad de Cantabria, 2011, p. 92.

JANNELLO, Karina C.: “El Congreso por la Libertad de la Cultura: el caso chileno y la disputa por las ideas fuerza de la Guerra Fría”, *Izquierdas* [en línea], 14 (2012), pp. 14-52 [consulta: 1 septiembre 2016]. Disponible en: <http://bit.ly/29vQ8ws>

JOHNSTON, Gordon: “Revisiting the cultural Cold War”, *Social History*, 35(3) (2010), pp. 290-307.

JUNCO EZQUERRA, Víctor: “Guerra Fría en Hollywood: construcciones de identidad y alteridad en el ciclo de cine anticomunista, 1948-1952”, *Revista canaria de estudios ingleses*, 49 (2004), pp. 215-232.

KOTEK, Joel: “Youth organizations as a Battlefield in the Cold War”, en Giles SCOTT-SMITH y Hans KRABBENDAM (eds.): *The cultural Cold War in Western Europe, 1945-1960*, London, Frank Cass, 2003, pp. 168-191.

LEÓN AGUINAGA, Pablo: “Faith in the USA: el mensaje de la diplomacia pública americana en España (1948-1960)”, en José Antonio MONTERO JIMÉNEZ y Antonio NIÑO RODRÍGUEZ (eds.): *Guerra Fría y propaganda: Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, pp. 197-234.

LUCAS, W. Scott: “Revealing the parameters of opinion: an interview with Frances Stonor Saunders”, en Giles SCOTT-SMITH y Hans KRABBENDAM (eds.): *The cultural Cold War in Western Europe, 1945-1960*, London, Frank Cass, 2003, pp. 15-40.

McCARTHY, Kathleen D.: “From Cold War to cultural development: the international cultural activities of the Ford Foundation, 1950-1980”, *Daedalus* [en línea], 116(1) (1987), pp. 93-117 [consulta: 1 septiembre 2016]. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/20025087>

MONTERO JIMÉNEZ, José Antonio: “El despliegue de la diplomacia pública de los Estados Unidos en México: de la buena vecindad a La Campaña de la Verdad”, en José Antonio MONTERO JIMÉNEZ y Antonio NIÑO RODRÍGUEZ (eds.): *Guerra Fría y propaganda: Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, pp. 313-340.

MONTERO JIMÉNEZ, José Antonio: “Diplomacia pública, debate político e historiografía en la política exterior de los Estados Unidos (1938-2008)”, *Ayer*, 71 (2009), pp. 63-95.

NIÑO RODRÍGUEZ, Antonio y MONTERO JIMÉNEZ, José Antonio: "Introducción", en José Antonio MONTERO JIMÉNEZ y Antonio NIÑO RODRÍGUEZ (eds.): *Guerra Fría y propaganda: Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, pp. 13-47.

NIÑO RODRÍGUEZ, Antonio: "Uso y abuso de las relaciones culturales en la política internacional", *Ayer*, 71 (2009), pp. 25-61.

PELAZ LÓPEZ, José-Vidal: "Cae el telón: el cine norteamericano en los inicios de la Guerra Fría (1945-1954)", *Historia Actual Online* [en línea], 15 (2008), pp. 125-136 [consulta: 1 septiembre 2016]. Disponible en: <http://www.historia-actual.org/Publicaciones/index.php/haol/article/view/238/226>

RODRÍGUEZ, Miguel: "La perspectiva latinoamericana de la potencia cultural estadounidense", en José Antonio MONTERO JIMÉNEZ y Antonio NIÑO RODRÍGUEZ (eds.): *Guerra Fría y propaganda: Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, pp. 279-309.

RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, Francisco Javier: *¿Armas de convicción masiva?: American studies durante la Guerra Fría: el caso español*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2010.

RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, Francisco Javier: "Controversias de la Guerra Fría cultural: una reflexión desde lo ocurrido en torno a los American Studies, 1945-1975", *Revista Complutense de Historia de América*, 36 (2010), pp. 79-102.

RUIZ DURÁN, Francisco Javier y PEÑA RAMOS, José Antonio: "La dimensión política y estratégica de la cultura: intelectualidad y arte durante la Guerra Fría cultural", *Revista Política y Estrategia* [en línea], 121 (2013), pp. 61-94 [consulta: 1 septiembre 2016]. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4843620.pdf>

RUIZ GALVETE, Marta: "Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura: anticomunismo y Guerra Fría en América Latina", *El Argonauta español* [en línea], 3 (2006) [consulta: 1 septiembre 2016]. Disponible en: <http://argonauta.revues.org/1095>

SANTISTEBAN FERNÁNDEZ, Fabiola de: "El desembarco de la Fundación Ford en España", *Ayer*, 71 (2009), pp. 159-191.

SAUNDERS, Frances Stonor: *La CIA y la guerra fría cultural*, Madrid, Debate, 2001.

SCOTT-SMITH, Giles: “Las élites de Europa Occidental y el *Foreign Leader Program* (1949-1969)”, en José Antonio MONTERO JIMÉNEZ y Antonio NIÑO RODRÍGUEZ (eds.): *Guerra Fría y propaganda: Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, pp. 125-154.

SCOTT-SMITH, Giles: *The politics of apolitical culture*, London, Routledge, 2002.

STEPHAN, Alexander: “A special german case of cultural americanization”, en Alexander STEPHAN (ed.): *The americanization of Europe: culture, diplomacy, and anti-americanism after 1945* [en línea], New York, Berghahn Books, 2006, pp. 23-43 [consulta: 1 septiembre 2016]. Disponible en: <http://bit.ly/1P7UiSI>

WARNER, Michael: “Origins of the Congress for Cultural Freedom, 1949-50”, *Studies in Intelligence* [en línea], 38 (1995) [consulta: 1 septiembre 2016]. Disponible en: <http://1.usa.gov/1pGki9l>.

WILFORD, Hugh: “Britain: in between”, en Alexander STEPHAN (ed.): *The americanization of Europe: culture, diplomacy, and anti-americanism after 1945* [en línea], New York, Berghahn Books, 2006, pp. 69-88 [consulta: 1 septiembre 2016]. Disponible en: <http://bit.ly/1P7UiSI>

WILFORD, Hugh: *The CIA, the British Left and the Cold War: calling the tune*, London, Routledge, 2014.

WILFORD, Hugh: “Playing the CIA’s tune?: the *New Leader* and the cultural Cold War”, *Diplomatic History* [en línea], 27(1) (2003), pp. 15-14 [consulta: 1 septiembre 2016]. Disponible en: doi: 10.1111/1467-7709.00337